

EL EJERCITO SOVIETICO, LOS NEOSTALINISTAS Y LA CHINA COMUNISTA ANTE LA POLITICA DE "COEXISTENCIA PACIFICA"

El incidente del «U-2» no fué sino el pretexto utilizado por el Jefe del Gobierno soviético para enterrar su política de coexistencia pacífica en la non nata Conferencia de alto nivel de París, pero en forma alguna la causa de tal actitud que forzosamente hubo de adoptar Jruschev. Esta afirmación no significa que en sí mismo el incidente del «U-2» careciera de importancia, puesto que suministró una prueba palpable a la U. R. S. S. de las actividades realizadas por los Estados Unidos sobre territorio soviético. Y, naturalmente, no podía el Gobierno ruso dejar de aprovechar la ocasión para armar una fuerte campaña contra los propósitos «agresivos» del Pentágono. Sin duda, la Unión Soviética, aparte de utilizar los clásicos servicios de información mediante las quintas columnas que son base del espionaje comunista en el mundo entero, ha empleado sus submarinos y barcos rastreadores para observar las costas norteamericanas e incluso seguramente se ha servido de la observación aérea sobre el territorio de los Estados Unidos, al menos sobre el de Alaska. Se ha dicho que varias veces los aviones norteamericanos que cruzaban el Estrecho de Bering se han encontrado con aviones soviéticos que volaban en dirección opuesta con similares propósitos. Pero ambas partes prefieren hacerse las desentendidas y cruzarse sin incidentes. Mas en los últimos tiempos los rusos se han mostrado muy celosos del mantenimiento de la soberanía sobre su espacio aéreo. Recuérdese cómo después del incidente del «U-2» del capitán Powers, un avión soviético ha derribado el 1.º de julio de 1960 un bombardero de reconocimiento tipo RB-47 sobre el mar de Barents, declarando el Gobierno de la U. R. S. S. que tal avión norteamericano volaba sobre el mar territorial ruso, partiendo de una base británica para recoger información militar secreta, singularmente tratando de localizar las defensas soviéticas de radar y de fotografiar la costa rusa para descubrir objetivos militares e industriales, aun cuando los Estados Unidos han señalado que el RB-47 realizaba un vuelo de ob-

servación electromagnética sobre aguas internacionales, sin que en su ruta estuviera previsto se acercase a menos de 50 millas del territorio soviético, al norte de Svyatoy Nos, punto desde donde debía virar al nordeste, si bien un avión de combate ruso le obligó a desviarse y trató de forzarlo a que penetrara en territorio soviético, terminando por derribarle a 30 millas de la punta de la península de Kanin.

Téngase en cuenta que la ciencia jurídica soviética ha defendido siempre la plena soberanía del Estado territorial sobre su espacio aéreo, incluido el que se encuentra sobre el mar territorial y sin reconocer en éste el denominado derecho de «vuelo pacífico»¹. Para los soviéticos, el espacio aéreo abarca tanto la atmósfera como la estratosfera, pero no el espacio cósmico o interplanetario, en el cual propugnan la libertad de vuelo o desplazamiento².

Es explicable, pues, que la U. R. S. S. haya querido aprovechar el incidente del «U-2» para poner en una delicada situación polémica a los Estados Unidos, pero resulta insostenible el considerarlo como la causa productora del cambio radical de la política soviética que ha significado la actitud de Jruschey el 16 de mayo en París. Por ello, los comentaristas internacionales han buscado en estos últimos tiempos cuáles podían ser las verdaderas causas del enterramiento—al menos durante nueve meses—de la política de «coexistencia pacífica», que ha sido la consecuencia fundamental del malogro de la Conferencia de alto nivel, pese a las declaraciones que el Jefe del Gobierno soviético no dejó de hacer en París, señalando que «la Unión Soviética se pronuncia firmemente en favor de la coexistencia pacífica, de las conversaciones, de la realización de acuerdos razonables y mutuamente aceptados. Continuaremos trabajando en esta dirección, seguros de que nuestra política pacífica encuentra la simpatía y la comprensión de todos los pueblos, y nos gustaría creer que los dirigentes de las Potencias occidentales tienden igualmente hacia ello». Y también en su discurso de

¹ Vide el resumen del artículo de C. Berezovskii sobre *La soberanía del espacio aéreo*, publicado en la revista «Sovetskoe Gosudarstvo i Pravo» (núm. 3, Moscú, 1959), en la revista «Árbor» (núms. 175-6, Madrid, agosto 1960, págs. 367-73).

² No podemos entrar aquí en el desarrollo de esta importante cuestión jurídica-internacional. Baste con la remisión a los *Proceedings del First Colloquium on the Law of Outer Space. The Hague 1958* (Viena, Springer-Verlag, 1959), especialmente a las comunicaciones de J. C. Cooper: «The Problem of a Definition of "Air Space"» (páginas 38-44), de Wolf Heinrich, Príncipe de Hannover: «Problems in Establishing a Legal Boundary between Air Space and Space» (págs. 28-30) y de A. G. Haley: «Space Age presents immediate Legal Problems» (págs. 5-27).

Berlín el 20 de mayo de 1960 advirtió Jrushev que tenía «la intención de continuar siguiendo la línea leninista de la coexistencia de los Estados socialistas y capitalistas, de buscar la distensión internacional, el desarme y el arreglo pacífico de las cuestiones litigiosas».

Precisamente el que el Jefe del Gobierno soviético haya reiterado su adhesión a la política de coexistencia pacífica que tuvo que enterrar en París, parece demostrar que tuvieron que ser causas ajenas a él las que le obligaron a adoptar tal actitud. ¿Cuáles pudieron ser tales causas?

Se han señalado tres causas principales: 1.^a La presión de las Fuerzas armadas soviéticas. 2.^a Las maniobras del grupo neostalinista ruso, opuesto a la política de coexistencia pacífica y presto a aprovechar una previsible falta de éxito de Jrushev en conseguir objetivos palpables para el prestigio del Poder soviético como resultado de la Conferencia de París. 3.^a La actitud de la China comunista.

Veamos la significación e importancia de cada una de estas tres causas, examinándolas con alguna detención por separado, aun cuando efectivamente puedan haber sido todas ellas las que empujaron a Jrushev a adoptar una nueva línea política soviética.

I

LA PRESIÓN DE LAS FUERZAS ARMADAS SOVIÉTICAS

El mismo día, 17 de mayo de 1960, en que naufragaba la Conferencia de París, el diario *Le Figaro* señaló que «la constante presencia del Mariscal Malinovsky al lado de Jrushev da origen a la sospecha de que el dirigente soviético está sometido a alguna forma de vigilancia». Y *Paris Jour* añadía: «Jrushev ya no es el amo absoluto de su país, como todos pensábamos. Es el Mariscal Malinovsky el que realmente gobierna, y con él la facción extremista del partido comunista soviético.» Ambos periódicos franceses se hacían así eco de opiniones atribuidas a delegados occidentales en la Conferencia de París, que se inclinaron a presumir que Jrushev era obligado por el Ejército y por sus adversarios políticos a adoptar una actitud de dureza contra Occidente, poniendo de relieve que Jrushev, durante su estancia en París, era acompañado persistentemente, «como si fuera su sombra», por el Ministro de Defensa, Malinovsky.

En efecto, ni un solo momento el Mariscal soviético dejó de aparecer en

público al lado de su Jefe de Gobierno, mostrando con su corpulencia y con su uniforme constelado de pasadores de condecoraciones una firme presencia silenciosa pero vigilante. No estaba previsto que los cuatro Grandes se reunieran con asistencia de sus Ministros de Defensa, pero Jruschev así lo exigió y se personó en París con Rodion Malinovsky, que estaría presente en todas sus visitas al Eliseo, en sus paseos callejeros y por el campo y, desde luego, en la famosa conferencia de prensa del Palacio Chaillot. Y las fotografías nos han mostrado el rostro hermético del Mariscal ruso como vigilando siempre muy de cerca a Jruschev en todas sus intervenciones parisinas.

No es extraño, por eso, que casi todos los comentaristas occidentales de la política internacional interpretaran esta presencia del Ministro soviético de Defensa como una caución que las Fuerzas armadas de la U. R. S. S. adoptaban frente al Jefe del Gobierno, como una presión directa que los Mariscales hacían sufrir a Jruschev para que éste abandonara su política de coexistencia pacífica y se mostrara fuerte sin desmayos contra los occidentales. Incluso el Secretario de Estado norteamericano, Herter, diría en su discurso del 27 de mayo que existían indicios de que la política exterior de Jruschev estaba siendo combatida en el interior de Rusia por el Ejército y por ciertos elementos de la jerarquía soviética, afirmando que «el hecho de que el Jefe del Gobierno soviético fuese acompañado a todas partes, literalmente a todas partes, por el Ministro de Asuntos Exteriores, Gromyko, y el de Defensa, Malinovsky, es un aspecto verdaderamente interesante del viaje de Nikita Jruschev».

Sin embargo, es de subrayar una noticia de prensa publicada el mismo 17 de mayo, según la cual un diplomático soviético sonrió cuando dijo a un redactor de la Agencia Reuter que algunos círculos occidentales creen que Jruschev está bajo fuerte presión del Ejército soviético y que ello ha dado lugar a la presencia personal del Mariscal Malinovsky en la Conferencia cumbre. «La política del Gobierno soviético—dijo—es formulada por el Presidium del Partido comunista soviético. Cuando esta política ha sido decidida, ello significa que el señor Jruschev seguirá esa línea política. Yo creo que es pura imaginación lo que mueve a los periodistas a decir que Jruschev está bajo presión de los círculos militares soviéticos. La política de nuestro país es decidida por el Partido y no por el Ejército.»

Nos parece completamente exacta esta afirmación de que la política soviética es decidida por el Partido y no por el Ejército. Pero ello no implica, a nuestro entender, que antes de adoptarse tal decisión no tenga muy en

cuenta el Presidium la opinión de las Fuerzas armadas soviéticas, en virtud de las circunstancias por las que viene atravesando el régimen de la U. R. S. S. después de la muerte de Stalin. Expliquemos estas circunstancias.

Como es sabido, tras la desintegración del Ejército zarista, el 12 de enero de 1918, se fundó el Ejército rojo de obreros y campesinos para defender la revolución comunista, que sustituyó al ejército irregular o milicias armadas rojas. Cinco meses después, con la aprobación de Trostky y Lenin, se incorporó a las filas rojas a muchos antiguos Oficiales, que harían la campaña contra las fuerzas blancas y contra Polonia. El fundador del Ejército rojo, León Trotsky, sería sustituido en el Comisariado militar, en 1924, por Frunze, que reorganizaría el Ejército rojo, haciéndolo una fuerza homogénea, pero políticamente fiscalizada por los Comisarios políticos. Vorochilov continuaría desde 1925 esta labor, en cuanto Comisario del Ejército y de la Marina. Pero hay que tener presente que en los años veintes, la Oficialidad de este Ejército rojo era casi toda de origen zarista: en 1919, 216.280 antiguos Oficiales y Suboficiales del Ejército imperial figuraban en los cuadros de mando del Ejército rojo; hacia 1928, del total de 48.000 oficiales del Ejército rojo, 465 eran diplomados de Academias militares superiores imperiales y otros 4.418 procedían del Ejército zarista³. Es decir, la comunistización de los jefes militares rusos fué lograda poco a poco, formándose los miembros más activos del Partido comunista primero en unidades combatientes y en Academias militares posteriormente. Las más destacadas figuras militares procedentes del Partido comunista fueron Vorochilov, Frunze y Antonev; Budenny había sido sargento del Ejército imperial y Tujachevsky teniente. Los dos primeros Comandantes-Jefes del

³ Según Raymond L. Garthoff: *Doctrina militar soviética*. Madrid, 1956. páginas 47-48), en 1929 la Dirección de Política hizo en la U. R. S. S. una investigación para determinar la extensión de la influencia zarista en relación con el personal militar dirigente del Ejército rojo por aquel entonces. De los 243 militares que contribuyeron a la literatura castrense en 1929, se encontró que 198 habían sido Oficiales imperiales, y de ellos, 94 de categoría de General o Jefe en el Ejército prerrevolucionario y 29 del Estado Mayor imperial. Habían sido estudiados asuntos de estrategia y táctica por más de 100 antiguos Oficiales zaristas y solamente 21 escritores post-revolucionarios. De los autores, el 32,1 por 100 eran miembros del Partido comunista, pero el 45 por 100 (superponiéndose a la cifra anterior) eran de origen noble, clerical o burgués. De los cien autores de los Reglamentos de campaña de 1929, 79 eran antiguos oficiales imperiales.

Ejército rojo (1918-19), Vatsetis y Kamenev habían sido coroneles zaristas. Tres Generales-Jefes de grandes Unidades del Ejército imperial: Brusilov, Baranov y Nikolaiev, se incorporarían al Ejército rojo durante la campaña de Polonia. Los luego Mariscales Kork, Uborevich y Egorov habían sido Jefes de Estado Mayor zaristas. Y ha de destacarse, sobre todo, al Coronel del Ejército imperial Boris M. Shaposhnikov, que habría de ser Jefe del Estado Mayor de Kamenev (1919-21) y Mariscal-Jefe del Estado Mayor de Stalin (octubre 1941-noviembre 1942), que ha sido considerado como el principal forjador de la estrategia que ganó para los soviéticos la guerra civil y la II Guerra mundial (falleció en 1945), contándose entre sus alumnos en la «Academia Frunze» a los después Mariscales Zhukov y Vasilevsky.

Esta presencia de antiguos jefes del Ejército imperial en los cuadros de mando del Ejército rojo puede explicar cómo hacia los años 30 éste adquiriría cada vez más un carácter de Ejército profesional que tendía a independizarse del control político del Partido comunista. En los primeros años de los 20, los comisarios políticos doblaban a todos los mandos militares y toda orden militar debía llevar su contrafirma para que fuera válida⁴. Trostky apoyaría a los «especialistas militares» frente a los comisarios comunistas, pero el XIII Congreso del Partido, en 1924, decidió que incluso los comandantes comunistas debían tener comisarios políticos adjuntos, con igual categoría que ellos. En los años 30 tuvo lugar una gradual revisión de estas relaciones y el comandante comenzó a ser superior al comisario: el principio de responsabilidad compartida desapareció, ejerciendo el comandante el mando único, con el comisario como consejero político⁵.

Es por entonces cuando el Ejército soviético experimenta un gran desarrollo y fortalecimiento, alcanzando sus jefes enorme prestigio en la U. R. S. S. En 1935 se restauran los grados militares y se crean los primeros Mariscales: Vorochilov, Budenny, Tujachevsky, Blücher y Egorov. Los Jefes del Ejército adquieren así una fuerte influencia política, en unos años en los cuales Stalin tiene que hacer frente a una grave crisis interna: económica, por las medidas del Gobierno comunista en el campo, que impele a los Mariscales a presionar a Stalin y al Partido para que modifiquen la colectivización de la tierra; política, por las divergencias suscitadas

⁴ Leonard Schapiro: *Nacimiento del Ejército rojo*. En la obra colectiva dirigida por Liddell Hart: *El Ejército soviético*. Barcelona, 1959, pág. 30.

⁵ J. M. Mackintosh: *El Ejército rojo*. 1920-1936. En obra colectiva citada. Página 56.

entre los dirigentes del Partido comunista de la U. R. S. S., crisis que terminará con la victoria de Stalin y la eliminación de sus enemigos en tres grandes procesos en 1936-38: primero Zinoviev y Kamenev; luego, Piatakov, Serebriakov, Radek, Sokolnikov; finalmente, Bujarin, Rikov, Iágoda ⁶.

En esta gran crisis política de la U. R. S. S., en la que el Partido teme la aparición del bonapartismo, van también a decidirse las relaciones entre el Ejército y el Partido, con su primer gran enfrentamiento.

Parece ser que los Mariscales, salvo Vorochilov y Budenny, se mostraron más favorables a Bujarin que a Stalin. Después de haber sido detenido aquél en enero de 1937, cuatro meses más tarde el sistema de comisarios políticos fué nuevamente introducido en los más altos mandos militares ⁷. Y el 11 de junio de 1937 se anunció la detención del Mariscal Tujachevsky—Vicecomisario de Guerra y «lo más parecido a un genio militar que la revolución rusa haya producido» ⁸—, de los Mariscales Iákir y Uborevicht, Jefes de Regiones militares, y de los Generales Kork, Jefe de la Escuela de Guerra; Feldman, Jefe de la Administración del personal de mando; Primakov, subjefe de una región militar, Eideman y Putna. Parece ser que el Mariscal Gamarnik, jefe del directorio político del Ejército soviético se

⁶ En la *Historia del Partido comunista de la U. R. S. S.* (Ed. oficial aprobada en 1938 por el Comité Central del Partido. Ed. castellana. Buenos Aires, 1946, páginas 474-475) se dice al respecto: «Los citados procesos pusieron de relieve que estos *detritus* del género humano, en unión de los enemigos del pueblo—Trostki, Zinoviev y Kamenev—estaban ya confabulados contra Lenin, contra el Partido y contra el Estado soviético, desde los primeros días de la Revolución socialista de octubre. Los actos de provocación encaminados a la ruptura de la paz en Brest-Litovsk, a comienzos de 1918..., la delación de secretos de Estado y el suministro de informes de espionaje a los servicios de espionaje extranjero..., actos de sabotaje y de diversionismo, explosiones..., éstos y otros semejantes fueron los crímenes que se perpetraron en el transcurso de veinte años con intervención o bajo la dirección de Trostki, Zinoviev, Kamenev, Bujarin, Rykov y sus satélites, obedeciendo a órdenes de los servicios de espionaje de la burguesía extranjera. Los citados procesos pusieron en claro que los monstruos trostkistas-bujarinistas, al cumplir las órdenes de sus amos, los servicios de espionaje de la burguesía extranjera, se proponían como objetivo destruir el Partido y el Estado soviéticos, socavar la defensa del país, facilitar la intervención armada extranjera, preparar la derrota del Ejército rojo y la desmembración de la U. R. S. S., entregando la Provincia marítima soviética a los japoneses, la Bielorrusia soviética a los polacos y la Ucrania soviética a los alemanes...»

⁷ L. Schapiro: *La gran purga*. En la obra colectiva citada. Pág. 61.

⁸ J. M. Mackintosh: *Op. cit.*, pág. 55.

suicidó al ir a ser detenido. El mismo día se sometió a proceso a Tujachevsky y sus compañeros, ante un tribunal presidido por Ulrikh, e integrado por Alksnis, jefe de las Fuerzas aéreas; Mariscales Budenny, Blujer y Yegorov, y Generales Shaposhnikov (recién nombrado Jefe del Estado Mayor General), Belov, Dybenko, Kashirin y Goryachev. Al día siguiente se anunció la condena y ejecución, por traición, de los ocho procesados.

La ejecución del Mariscal Tujachevsky iba a ser el inicio de la liquidación, al año siguiente, de todos los demás Mariscales soviéticos, excepto Budenny y Vorochilov, alcanzando a Blujer y Yegorov, que habían sido sus jueces, y a un enorme número de Generales y Jefes de las Fuerzas armadas soviéticas, como los Generales Kámanev, Kalepsky, Alksnis y Muklevic, el Almirante Orlov y miles y miles más. Según un especialista en cuestiones militares soviéticas, tan autorizado como Garthoff⁹, fueron purgados los once Vicecomisarios de Guerra y 75 de los 80 miembros del Consejo Militar Supremo, incluyendo todos los Comandantes de Distrito militar, fuerza aérea, marina y todos menos uno de los Comandantes de flota. Se estima que fueron purgados el 90 por 100 de los Generales y el 80 por 100 de los Coroneles, así como hasta 30.000 Oficiales de otras categorías: cerca de la mitad del total de 70.000 del cuerpo de Oficiales. Todo con la plena pasividad del Ejército rojo y la completa subordinación de sus Jefes al Estado (Partido y Policía), sin que se produjera ninguna revuelta militar ni para defenderse.

Se invocó oficialmente como causa de esta gigantesca purga de los Jefes militares soviéticos, que éstos conspiraban para «destruir el Partido y el Estado soviéticos, socavar la defensa del país, facilitar la intervención armada extranjera, preparar la derrota del Ejército rojo y la desmembración de la U. R. S. S.»¹⁰, expresándose en el comunicado hecho público el 12 de junio de 1937 que los acusados habían cedido secretos militares vitales al Estado Mayor alemán¹¹.

Y ciertamente, de 1922 a 1933 existió un estrecho contacto entre los Estados Mayores alemán y soviético, enviando los rusos todos los años a Berlín grupos de cien Oficiales superiores para recibir alta instrucción militar (entre ellos figuraron los después Mariscales Zhukov, Rokossovsky y Sokolovsky), mientras los germanos experimentaban nuevas armas, cuya

⁹ *Op. cit.*, pág. 236.

¹⁰ *Historia del Partido comunista de la U. R. S. S.*, citada, pág. 475.

¹¹ Alberto Falcionelli: *Historia de la Rusia soviética*. 1917-1957. Madrid, 1959, página 311.

fabricación les estaba prohibida por el Tratado de Versalles, en territorio soviético. Pero precisamente este contacto fué suprimido al subir Hitler al Poder.

Según algunos autores¹², sería la Gestapo quien, en combinación con la N. K. V. D., falsificó pruebas documentales de conspiración entre Tujachevsky y el Estado Mayor alemán, que fueron mandadas a Rusia, vía Checoslovaquia. Para otros¹³, los servicios secretos nazis montaron la existencia de una conspiración entre Tujachevsky y el Gran Duque Cirilo, pretendiente al Trono de Rusia, que arrancaba de una supuesta entrevista entre ambos en Londres, durante las fiestas jubilares del Rey Jorge V, en abril de 1935, a cuyas ceremonias asistió una delegación soviética presidida por el Mariscal soviético, conspiración de la que, a través de Benès, hicieron llegar noticia a Stalin. En uno u otro caso, los alemanes procederían de tal manera, para debilitar a la U. R. S. S., empujando a Stalin a decapitar al Ejército rojo. Mas tales versiones no las estimamos plenamente aceptables, pues entendemos que en lo fundamental la gran purga fué hecha por Stalin para destrozarse a los Jefes militares soviéticos que pretendían controlar el Gobierno de la U. R. S. S. frente al Partido. Fué la primera gran pugna entre el Ejército y el Partido por el Poder soviético.

Mediante la gran purga, Stalin eliminó a la casi totalidad de los altos mandos militares soviéticos, que en muchos casos eran antiguos Oficiales del Ejército zarista, aunque habían actuado a favor de los comunistas en la guerra civil y se habían afiliado al Partido. Estos veteranos de la guerra civil se oponían al poder personal de Stalin, al que consideraban, todo lo más, como un igual, y no compartían plenamente los criterios colectivizadores del Partido. Con su eliminación, Stalin pudo promover a los más altos cargos militares a Jefes jóvenes, hombres nuevos cuya carrera se la deberían a él y con cuya lealtad podría contar.

El resultado para la U. R. S. S. de esta gran purga sería la desorganización del Ejército rojo en los críticos años que precedieron inmediatamente al estallido de la II Guerra mundial, lo que explicará sus derrotas en Finlandia y los desastres iniciales ante el ataque de los ejércitos del III Reich en 1941, que en los cuatro primeros meses de la campaña rusa hicieron más de tres millones de bajas, de los cuales más de dos millones eran prisioneros, al Ejército soviético, que retrocedió desordenadamente hasta que

¹² L. Schapiro: *Op. cit.*, pág. 61.

¹³ A. Falconelli: *Op. cit.*, págs. 311-312.

los nuevos Mariscales rusos pudieron mostrarse a la altura de su misión bélica.

Pero también, la gran purga ha sido una lección política que no olvidaría el Ejército ruso. En adelante habría de someterse plenamente a Stalin y al control del Partido: serán las Fuerzas armadas comunistas.

Mas el desarrollo de la II Guerra mundial influiría extraordinariamente en la situación del Ejército soviético ante el mando político. Después de los primeros desastres de 1941, los altos Jefes militares soviéticos que demostraron falta de capacidad, fueron destituidos. Más importante fué la mejora en la calidad de los mandos intermedios¹⁴. Aparecieron varias grandes figuras militares en el Ejército soviético, que relevaron a los viejos Generales de la guerra civil (excepto Koniev y Vatutin). Stalin asumió en agosto de 1941 el cargo de Comandante supremo de las Fuerzas armadas de la U. R. S. S. y montó bajo sus órdenes un Gran Cuartel General o *Stavka*, integrado por una docena de altos Jefes militares con la misión de desarrollar planes estratégicos de conjunto para la conducción de la guerra. El Mariscal Zhukov—antiguo soldado de los dragones del Zar, pasado a la caballería roja de Budenny, y después especialista en carros—mandaría el *Stavka* desde 1942 a 1945, como primer delegado del Comisario de Defensa (Stalin), después de haber mandado el contraataque de Moscú en diciembre de 1941, así como después dirigiría la ofensiva de Stalingrado en 1942, las operaciones de Bielorussia y Ucrania, conquistaría Varsovia y entraría en Berlín. El Mariscal Vasilevsky sería el segundo delegado en el *Stavka* y dirigiría en agosto de 1945 la campaña del Extremo Oriente. Pertenecieron además al *Stavka* el Mariscal Shaposhnikov, Jefe del Estado Mayor hasta noviembre de 1942; el Mariscal Timoshenko; el General Antonov; el Almirante Kuznetsov; el General Novikov y otros, siendo de destacar que los Mariscales *políticos*, como Vorochilov y Bulganin no formaron parte del *Stavka*¹⁵. Junto con Zhukov, el único de los Mariscales de la Unión Soviética que recibió cuatro veces la más alta condecoración militar: la Estrella de Oro de héroe de la Unión Soviética (Stalin la recibió tres veces), destacaron como los más importantes Jefes de Grupos de Ejércitos, los Mariscales Koniev (cuyas fuerzas, tras de conquistar Praga, llegarían a Berlín junto con las de Zhukov, después de haber sido las primeras

¹⁴ Mariscal Erich von Manstein: *Desarrollo del Ejército rojo. 1942-1945*. En obra colectiva citada. Pág. 121.

¹⁵ R. L. Garthoff: *Op. cit.*, págs. 210-211.

que alcanzaron las fronteras alemanas), Rokossovsky (conquistador de la Prusia oriental) y Malinovsky (cuyas fuerzas ocuparon Rumania, Hungría, Checoslovaquia y Austria y que terminaría ocupando Manchuria). De los veintinueve Mariscales creados por Stalin en la II Guerra mundial, estos cuatro: Zhukov, Koniev, Rokossovsky y Malinovsky, serían los que alcanzaron una mayor popularidad y, por tanto, una mayor fuerza política personal.

Hay que tener presente, por otra parte, que el Ejército soviético habría de alcanzar no sólo la representación de la victoria, sino incluso cambiar el sentido de la guerra realizada por el pueblo ruso. Pues el mismo Stalin tuvo que reconocer en las horas amargas de 1941 que se resistía a los alemanes no por defender al comunismo, sino a la Patria: por «defender su *otechestvo* (Patria), que es por lo que está luchando nuestro pueblo», y así la guerra sería oficialmente designada como «la gran guerra por la Patria». Según ha escrito el Mariscal alemán von Manstein, «en lugar de combatir por un sistema de Gobierno, se pidió a las gentes que lo hicieran por la Patria»¹⁶. Como consecuencia de esto, el Ejército soviético alcanzó naturalmente la primera representación de la U. R. S. S.; sino superior al Partido comunista, al menos era su igual. Con todo, no hay que caer en el error de menospreciar la propia significación de la ideología comunista y del Partido durante la guerra. La presión del régimen se volvió más fuerte, y los antiguos comisarios políticos fueron unidos al Ejército con rango de Oficiales, cuyas funciones eran, sin embargo, sólo políticas y consultivas, pues se mantuvo la unidad de mando de los jefes militares. Y, como ha proclamado el General alemán Blumentritt (Jefe de Estado Mayor del IV Ejército alemán en Rusia), «Hitler había contado con el derrumbamiento político después de las primeras batallas, pero el Mando alemán sabía del adoctrinamiento comunista de las generaciones más jóvenes»¹⁷.

Por eso, al terminar la II Guerra Mundial, Stalin se apresuró a rebajar al máximo a los grandes Mariscales victoriosos. Como ha escrito galanamente Gómez Tello¹⁸, «el día en que el Mariscal Yukof apareció en la Plaza Roja sobre un caballo blanco, para presenciar cómo las banderas alemanas eran arrastradas por el fango tras las grises columnas de genera-

¹⁶ *Op. cit.*, pág. 121.

¹⁷ *Estado y valor del Ejército rojo en 1941*. En obra colectiva citada. Página 116.

¹⁸ *K. prisionero de Malinowski*. «Gaceta ilustrada», núm. 191. Madrid, 4 junio 1960.

les y oficiales germanos prisioneros, algo se materializaba en el aire político ruso (tan perceptible fué este gesto, que Stalin lo recordaría como uno de los argumentos para destituir al hombre que había asaltado Berlín)». En efecto, Zhukov sería relegado por Stalin a mandos tan poco importantes para él como el de los distritos militares de Odesa, primero, y más tarde, de los Urales, mientras la Prensa soviética lo silenciaba de tal forma, que en la conmemoración por la *Pravda* del tercer aniversario de la toma de Berlín (9-V-1948), ni siquiera se le mencionó. Es decir, que el Politburó, celoso del renombre adquirido por Zhukov y tal vez temeroso del poder que había logrado alcanzar, invocando «falta de confianza moral» en él, le relevó del mando de las Fuerzas soviéticas de ocupación en Alemania, y después de confiarle unos meses el mando del Ejército de tierra, le enterró en una lejana guarnición desde la que no pudiera reflejarse en un primer plano de la vida pública soviética. Stalin y el Partido anularon así al máximo héroe militar de la U. R. S. S., sin que se produjera conmoción alguna en el Ejército. Tampoco Rokossovsky alcanzó en la inmediata postguerra más que puestos de mando en Polonia, y Malinovsky sería enviado en 1945 al Extremo Oriente para hacerse cargo de un «Frente» contra el Japón, a las órdenes de Vasilevsky, y por allí quedaría mandando el Distrito militar del Lejano Oriente durante más de diez años, mientras que el Mariscal Vasilevsky sería nombrado, en marzo de 1949, Ministro de la Guerra, sucediendo a Bulganin.

Se puede decir así que Stalin realizó en 1945 un plan de desarticulación de los altos mandos militares que le habían ganado la II Guerra mundial, previniendo toda tentación bonapartista. Utilizó para ello no sólo las rivalidades entre los Mariscales, como la muy evidente entre Zhukov y Koniev (éste sucedería a aquél en la jefatura del Ejército de Tierra en 1946), o entre Malinovsky y Vasilevsky, sino también se apoyó Stalin en las Fuerzas policíacas de Beria, Ministro de Asuntos internos.

Simplificando un poco, podríamos decir que el Partido y la Policía mantuvieron a raya al Ejército, y previnieron toda posible veleidad bonapartista de los Mariscales. Las Fuerzas armadas soviéticas quedaron fiscalizadas políticamente por el Partido comunista.

Por otra parte, hay que tener en cuenta que todos los Mariscales y Generales son miembros del Partido. Vasilevsky anunció, en 1952, que el 86 por 100 de todos los Oficiales eran miembros del Partido comunista o de

su organización juvenil¹⁹, los cuales tienen sus propias células y burocracia de comités en las Fuerzas armadas. Además, no se olvide el importante papel que desempeña la denominada Administración política principal, que aunque nominalmente depende del Ministro de las Fuerzas armadas (posteriormente de Defensa), está subordinado a la sección militar del Comité central del Partido comunista. De esta Administración dependen los Oficiales políticos, desde el nivel ministerial al regimental, cuya función primaria es la instrucción política tanto de los soldados como de los Jefes y Oficiales. Finalmente, adviértase la existencia de otra Administración principal para el contraespionaje, que depende del Comité, para la seguridad del Estado, que funciona no sólo a escalón ministerial, sino también en los Distritos militares y a nivel regimental, con la misión de descubrir y eliminar a las personas dudosas en las Fuerzas armadas, y aun cuando está nominalmente subordinada al mando militar, tiene su propia organización y medios de comunicación²⁰.

Tal fué, en síntesis, la situación del Ejército soviético bajo el Gobierno de Stalin. La poderosa personalidad de éste a partir de la II Guerra mundial fué un freno plenamente eficiente para someter en todo momento a los altos mandos militares a la disciplina impuesta por el Partido comunista y para paralizar todo posible intento bonapartista de los Mariscales. Pero en los últimos meses de su vida estuvo a punto de suceder algo que todavía hoy no está bien aclarado: el denominado «complot de los Doctores», anunciado en enero de 1953 por Stalin, y que ofrece una relación directa con los Mariscales.

Varios médicos del Kremlin fueron acusados de preparar un complot para liquidar a altos Jefes soviéticos, entre ellos los Mariscales Vasilevsky (entonces Ministro de la Guerra), Koniev y Govorov, el General Shtemenko (Jefe del Estado Mayor General) y el Almirante Levchenko. Parece ser²¹ que Stalin, como preparación para la próxima purga, solicitó la aquiescencia pasiva del Ejército para presentar a tales Jefes militares como «víctimas» del complot, haciendo una selección muy reveladora, ya que se advierte

¹⁹ R. L. Garthoff: *El alto mando y el Estado Mayor general*. En la obra colectiva citada. Pág. 215.

²⁰ Vide los estudios de R. L. Garthoff: *Los servicios soviéticos de información*, y de J. M. Mackintosh: *La Administración política*, en la obra colectiva citada. Páginas 217 y 188.

²¹ Raymond L. Garthoff: *Soviet Strategy in the Nuclear Age*. Nueva York, 1958, página 20.

la ausencia de los Mariscales Zhukov y Sokolovsky y del Almirante Kuznetsov.

Hay que tener en cuenta que, en 1952, Zhukov había vuelto a ser Vice-Ministro y Comandante-Jefe de las Fuerzas armadas soviéticas, retornando a la posición de la cual había sido alejado por Stalin en 1946; en enero de 1953, el Mariscal Sokolovsky (antiguo Jefe del Estado Mayor de Zhukov durante la guerra) fué nombrado Vice-Ministro de la Guerra y Jefe del Estado Mayor General, y el Vicealmirante Kuznetsov (Jefe de la Flota soviética durante la guerra, que había sido destituido por Stalin en 1947) fuera asimismo reintegrado a su antiguo mando.

¿Qué significan estos dos hechos contradictorios? Según Garthoff, la rehabilitación de Zhukov, Sokolovsky y Kuznetsov era amenazadora por la implicación del complot de los Doctores. Al elegir Stalin a algunos jefes militares para el papel de «héroes-víctimas» del complot, señalaba la existencia de rivalidades entre los Mariscales y aseguraba que una purga no afectaría desgraciadamente a todos²².

Jrushev aludió en su famoso informe secreto ante el XX Congreso del Partido comunista, el 24 de febrero de 1956, sobre los «crímenes de la era de Stalin», a este complot de los Doctores, afirmando que había sido una maniobra de Stalin para poder montar una nueva gran purga que, probablemente, habría afectado a casi todos los Jefes soviéticos, mostrando así un desequilibrio mental que muy posiblemente condujo a la eliminación del propio Stalin.

Lo cierto es que ante tales circunstancias, a la muerte de Stalin, el 5 de marzo de 1953, parece que se concluyó un armisticio no sólo entre el Partido y el Ejército soviéticos, sino también por los Mariscales entre sí, dirigiéndose unos y otros contra la Policía.

La sucesión de Stalin fué recogida inicialmente por Malenkov, como Primer Ministro (y Secretario del Partido), y Beria, Molotov y Káganovich como Primeros Viceprimeros Ministros. De ellos destaba Beria, Ministro de Asuntos internos, supervisor de todos los servicios de inteligencia del aparato estatal, político y administrativo, y jefe de la poderosa policía soviética, que contaba con un buen número de Divisiones de Fuerzas de seguridad. En los primeros meses, Beria se dedicó a destituir a varios miembros de la Secretaría del Partido, como Ignátiev y Riumin. Entonces Ma-

²² *Ibíd.*, pág. 21.

lenkov, Molotov, Bulganin (Ministro de Defensa) y Jrushev (nuevo Secretario del Partido) decidieron entenderse para liquidar al Jefe de la Policía soviética, aliándose con los Mariscales, de acuerdo también entre sí Zhukov y Koniev. El 10 de julio de 1953 se hacía público un comunicado en Moscú, en el que se informaba de que hacía algunos días el Comité central del Partido comunista había tomado la decisión de separar a Beria del Gobierno y del Partido comunista, «debido a su actividad contraria a la política del Gobierno y del Partido comunista de la Unión Soviética, que se desarrollaba en interés de los Estados capitalistas». En diciembre se montó el proceso contra Beria y seis cómplices y el 22 de diciembre fueron ejecutados. Esto fué posible merced no sólo a la alianza entre todos los más destacados Jefes del Partido, sino, sobre todo, por la acción de los más altos Jefes militares. Parece ser que los Mariscales Zhukov y Koniev arrestaron personalmente a Beria en la sesión del Comité central del Partido, después de su acusación por Malenkov²³. Y los Mariscales habían ordenado aquella noche la movilización de varias grandes Unidades, para impedir la reacción a favor de Beria del Coronel General Artemev, Jefe del Distrito militar de Moscú; del Teniente General Sinilov, Comandante de la guarnición de Moscú, y del Teniente General Spiridonov, Jefe de la guardia del Kremlin, y miembros todos de las Fuerzas de Seguridad controladas por Beria, que inmediatamente habrían de ser detenidos y luego ejecutados.

Es indudable que fué el apoyo de los grandes Mariscales el que permitió la liquidación de Beria. Es simbólico el que haya sido Iván Koniev el que presidiera el Tribunal que condenó al Jefe de la Policía. Esta presencia de Koniev a la cabeza del Tribunal muestra—escribe Falcionelli²⁴—que, bajo Stalin, Rusia estaba sometida a dos poderés supremos—la Policía y el Partido—unidos por su temor a las Fuerzas armadas, mientras que a los pocos meses de la desaparición del *vozhd*, la situación se había transformado radicalmente, puesto que, esta vez, Partido y Ejército se habían unido contra la Policía. Exacto, pero advirtamos que en este período de transición que fué la denominada «era de Malenkov», en el que la rivalidad entre los Jefes del Partido subsistía y no podía considerarse cerrado el proceso de la sucesión de Stalin, el papel del Ejército era predominante, puesto que la inclinación de las Fuerzas armadas decidía las pugnas.

Después de la detención de Beria, varios signos muestran este papel

²³ *Ibid.*, pág. 22.

²⁴ *Op. cit.*, pág. 524.

predominante asumido por el Ejército. En primer lugar, el hecho de que el Mariscal Zhukov fué nombrado miembro del Comité central del Partido, ocupando precisamente en él el puesto que había dejado Beria, y miembro suplente del Presidium. Después, el de que inmediatamente varios altos Jefes militares desplazados o deportados en los últimos años, como el Mariscal del Aire Novikov, volvieron a ocupar importantes cargos en el Estado Mayor, siendo promovidos a empleos superiores buen número de ellos. Finalmente, en el verano de 1953 comenzó a declinar ostensiblemente el papel de los Oficiales políticos en las Fuerzas armadas. En definitiva —como señala Garthoff²⁵—, la declinación de la policía política inevitablemente empujó a los Jefes del Partido a reconocer la importancia cada vez mayor de los militares como pilar decisivo de apoyo para el régimen. Pero este reconocimiento conducía a implicar a los Mariscales solamente cuando los Jefes del Partido se separaban políticamente entre sí.

Y ciertamente después de la liquidación de Beria los Jefes del Partido aparecían divididos en tres grupos: uno, el de la vieja guardia comunista (Molotov, Kaganovich); otro, el de la burocracia del Partido (Jrushev, Suslov); finalmente, el de los tecnócratas (Malenkov, Saburov). Y los dos primeros grupos van a unirse contra el tercero, polemizando acerca de la preferencia que había que otorgar a los bienes de capital o de consumo. Y en esta lucha, el otro gran «grupo de interés» en la Unión Soviética, el de las Fuerzas armadas, tomaría posición contra los tecnócratas. Ello, porque la política de Malenkov, que daba preferencia a la producción de los bienes de consumo, descuidaba los intereses de los campesinos, con los cuales las Fuerzas armadas nutren, tradicionalmente, la inmensa mayoría de sus efectivos y de sus cuadros subalternos; además, y sobre todo, porque los bienes de capital constituyen para el Ejército una necesidad vital, ya que sin una industria pesada en constante progresión, no puede haber armamentos²⁶. Por eso, cuando Jrushev, a finales de 1954, se pronunció contra el plan de Malenkov, en un momento en que Saburov, como Presidente del Gosplan, tenía que declarar que la producción de cereales permanecía estacionaria, la prensa militar apoyó la campaña del Secretario del Partido.

Pero es que, todavía, había más importantes razones que llevaron al Ejército a pronunciarse contra el Primer Ministro Malenkov: primera, la

²⁵ *Op. cit.*, pág. 22.

²⁶ A. Falcionelli: *Op. cit.*, págs. 538-9.

política de distensión internacional preconizada por Malenkov; segunda, la reducción que, en consecuencia, se proponía hacer del presupuesto militar. En su discurso del 12 de marzo de 1954, Malenkov se había declarado contrario a la política de «guerra fría», por ser «una política de preparación de un nuevo holocausto mundial que, con los actuales medios bélicos, significa la destrucción de la civilización mundial», por lo cual se mostraba partidario de las negociaciones pacíficas. Inmediatamente, un buen número de importantes personalidades soviéticas se opusieron a la opinión de que el logro por la Unión Soviética del arma nuclear hubieran hecho más pacíficos a los Estados Unidos. Unos días antes, Jrushev, Vorochilov, Kaganovich, Bulganin y Molotov habían subrayado las «intenciones agresivas del campo imperialista», y posteriormente en el órgano del Partido, *Kommunist*, se advirtió que una nueva guerra mundial sólo podría producir la completa destrucción del sistema capitalista. El 26 de abril, Malenkov tuvo que rectificar su posición en este punto, aunque con ciertas reservas. En mayo, el Mariscal Vasilevsky hizo oír la voz del Ejército como eco de la del Partido²⁷. Esta controversia sobre la probabilidad o no de la guerra mundial, tenía la importancia de determinar la política interna de la U. R. S. S., y puso de relieve la existencia de una fuerte pugna entre Malenkov y Jrushev, en la cual las Fuerzas armadas se colocaban, posiblemente con excepción de la Fuerza aérea, al lado de Jrushev. Porque, en el fondo, lo que se debatía era si el Ejército debía o no reforzarse. Naturalmente, los Mariscales propugnaron el fortalecimiento de las Fuerzas armadas. Pero en noviembre, en el aniversario de la Revolución rusa, Saburov reiteró la tesis de Malenkov, mientras que en el órgano del Ministerio de Defensa, *Estrella roja*, se pedía el incremento del poderío de las Fuerzas armadas, y en la Plaza Roja Bulganin se declaraba contrario a toda reducción del «fortalecimiento de nuestra capacidad defensiva». Incluso en la *Pravda* se iniciaría una campaña contra Malenkov, que, en consonancia, pretendía reducir el presupuesto de gastos de Defensa. En definitiva, en la reunión del pleno del Comité central del Partido comunista en enero de 1955, las tesis de Malenkov y Saburov fueron derrotadas por el grupo capitaneado por Jrushev, con el apoyo del Ejército, y el 8 de febrero de 1955 Malenkov tuvo que hacer su autocrítica y dimitir su cargo de Presiden-

²⁷ H. S. Dinerstein: *War and the Soviet Union. Nuclear Weapons and the Revolution in Soviet Military and Political thinking*. Nueva York, 1959, págs. 71-75, y 103-114.

te del Consejo de Ministros de la U. R. S. S., pasando a ser Ministro de centrales eléctricas y después a puestos ínfimos en el Asia soviética.

Aunque Jrushev había dirigido realmente la campaña contra Malenkov desde la Secretaría del Partido (que éste había tenido que cederle inmediatamente, el 20 de marzo de 1953), quien ocupó la Jefatura del Gobierno fué el Mariscal Bulganin. Ello, porque, por una parte, Bulganin representaba al Partido como hombre político (antiguo Primer Ministro de la República rusa y miembro del *Politburó* antes de 1945); pero, por otra parte, podía representar al mismo tiempo al Ejército, pues había sido Comisario político, precisamente del ejército mandado por Zhukov durante la defensa de Moscú, y después se había graduado en la Academia de Estado Mayor, siendo nombrado Mariscal por Stalin, sirviéndole a éste como enlace con los Jefes militares profesionales, habiendo ocupado el cargo de Ministro de las Fuerzas armadas desde marzo de 1947 (al dejarlo el mismo Stalin) hasta marzo de 1949. Además, así Bulganin abandonaba el cargo que hasta entonces (y desde marzo de 1953) ocupaba: el de Ministro de Defensa, y podía pasar a serlo el Mariscal Zhukov.

Grigory Zhukov parecía ser quien, en febrero de 1953, recogiera los mayores triunfos, pues además de su ascenso al cargo esencial de Ministro de Defensa, había logrado el control de las Fuerzas de seguridad, supeditadas al Ejército después de la liquidación de Beria. Al mes siguiente se anunció la supresión del cuerpo de Comisarios políticos de las Fuerzas armadas, advirtiéndose que, «en adelante, la formación política de la tropa quedará asegurada mediante el concurso de Oficiales profesionales», poniéndose fin así a una dualidad que, superada durante la última fase de la II Guerra Mundial, había vuelto a ser restaurada en 1945 con el pretexto de la depuración necesaria de las Unidades contaminadas por sus contactos con los capitalistas, amigos o enemigos, de Europa²⁸. También se produjo inmediatamente una promoción de doce Jefes militares al grado de Mariscales y Generales, de ellos seis al más alto rango, Mariscal de la Unión Soviética²⁹. Finalmente, subrayamos que pronto comenzaría una campaña

²⁸ A. Falcionelli: *Op. cit.*, pág. 552.

²⁹ Hay que distinguir entre Mariscal de la Unión Soviética, que es el grado superior de las Fuerzas armadas de la U. R. S. S., y Mariscal de Aviación, de Artillería, Carros, Ingenieros y Transmisiones. Señalemos que la Marina tiene al Almirante de la Flota como equivalente al Mariscal de la Unión Soviética, pero no la Fuerza Aérea; en cambio, la Marina no tiene grado equivalente al de Mariscal Jefe de las principales Armas. Todavía hay una tercera clase de Mariscales, los de un Arma. En

para devolver los laureles de la gloria bélica a los altos Jefes militares, que habían sido atribuidos a Stalin ³⁰.

Pero, en rigor, quien había alcanzado el máximo triunfo real fué el Primer Secretario del Partido comunista, Nikita S. Jruschev, como pronto habría de demostrarse. Pues Jruschev no sólo logró que fueran ascendidos a los grados superiores de las Fuerzas armadas varios de los Jefes militares más fervientes partidarios suyos, como los Mariscales Moskalenko (que asumiría el mando del Distrito militar de Moscú, no obstante la oposición de Zhukov) y Grechko (designado Jefe del Grupo de Fuerzas en Alemania), sino que, además, rodeó a Zhukov en el Ministerio de Defensa de Directores generales muy afectos al Secretario del Partido, como los Mariscales Koniev (nombrado Comandante-Jefe de las Fuerzas del Pacto de Varsovia, con Cuartel general en Moscú) y Sokolovsky (Jefe del Estado Mayor General y Viceministro de Defensa), pudiendo asimismo contar Jruschev, entre otros, con los Mariscales Malinovsky (designado, en 1956, Jefe del Ejército de Tierra soviético) y Rokossovsky (destinado para ejercer el mando del Ejército en Polonia).

1957 había dieciséis Mariscales de la Unión Soviética y dos Almirantes de la Flota. Los rangos de Generales, son: General de Ejército, Coronel General, Teniente General y Mayor General.

³⁰ El 21 de diciembre de 1949, la Prensa moscovita publicó un mensaje dirigido a Stalin, en su 70 cumpleaños, por el Comité Central del Partido comunista y el Consejo de Ministros de la U. R. S. S., en el cual se decía: «Tu genio organizador nos llevó a la victoria sobre la Alemania fascista y el Japón imperialista. ¡Oh Gran Capitán y Organizador de la Victoria! Tú, compañero Stalin, creaste una ciencia militar avanzada. En las batallas dirigidas por ti, hubo ejemplos excepcionales de arte militar, estratégico y táctico. Cuadros militares de primer orden, instruidos y amaestrados por ti, cumplieron con honor los planes stalinianos para la derrota del enemigo.»

En su famoso Informe secreto, Jruschev pondría de relieve no sólo la exageración de tales términos, que él mismo había suscrito, sino incluso achacó grandes errores militares a Stalin, singularmente en la primera fase de la guerra.

Con todo, y aun teniendo en cuenta la labor realizada por los grandes Jefes militares que integraban el *Stavka* o Cuartel general de Stalin, parece ser que Stalin «participó en grado considerable en el planteamiento estratégico soviético» durante la II Guerra Mundial y en el desarrollo de las armas y del material, demostrando, según el General norteamericano Deane, Jefe de la Misión militar de los Estados Unidos en Moscú durante la II Guerra Mundial, «un conocimiento asombroso de materias tales como las características de las armas, las peculiaridades estructurales de los aviones y los métodos soviéticos, aun los procedimientos secundarios». Cfr. R. L. Garthoff: *Doctrina militar soviética*, citada, págs. 203-207.

Por otra parte, Jruschev promovió una campaña de propaganda para resaltar su contribución a la victoria militar soviética en la II Guerra Mundial. Efectivamente había sido Comisario militar, con el rango de Teniente General, en los Frentes mandados por Koniev y Malinovsky. Se hizo resaltar el papel que desempeñó en Stalingrado, hasta entonces justamente muy poco puesto de relieve. Koniev elogió los méritos militares de Jruschev, mientras Zhukov se negó a unirse a la campaña de elogios. Al propio tiempo hay que registrar, en junio de 1955, el intento de usurpar la gloria de la victoriosa batalla de Berlín a Zhukov, pasándosela a Koniev³¹.

Todo estos eran indicios claros de que la lucha por el Poder, por la sucesión de Stalin aun dentro de la nueva forma de gobierno colegiado de la U. R. S. S. no había sido cerrada con la dimisión de Malenkov. Si la influencia del Partido había renacido³² y por tanto, la del Primer Secretario Jruschev aumentaba cada vez más, la del Ejército y su principal figura, el Mariscal Zhukov, parecía al menos igual. En un primer momento, febrero de 1956, incluso se dió acceso amplio a los representantes de las Fuerzas armadas en los órganos directivos del Partido, esto es, de la U. R. S. S. Los Mariscales Zhukov, Koniev, Malinovsky, Sokolovsky, Vasilevsky y Moskalenko fueron elegidos miembros del Comité central del Partido, designándose como candidatos a miembros o suplentes a otros Mariscales. Y hay que subrayar, sobre todo, el nombramiento de Zhukov como miembro suplente del Presidium.

Pero no se produjo entonces el enfrentamiento directo entre Ejército y Partido, como podía esperarse no sólo de las rivalidades personales, sino también de los síntomas evidentes de desacuerdo que se produjeron por aquellos tiempos. Citemos, entre éstos, el incidente promovido por un artículo que se publicó en abril de 1956 en el «Heraldo Militar», órgano del Ejército de Tierra, en el cual se aludía a las responsabilidades por las derrotas de 1941-42, singularmente por la falta de armamento que padeció el Ejército soviético. Este artículo sería criticado por el órgano del Ministerio de Defensa, «Estrella Roja», en cuanto implicaba una censura no sólo

³¹ R. L. Garthoff: *Soviet Strategy in the Nuclear Age*, citada, pág. 26.

Las Divisiones de Koniev habían cercado a Berlín por el Sur, cortando el paso a los refuerzos alemanes procedentes del Elba, contribuyendo a conquistarla. Pero fueron las Divisiones de Zhukov las que partiendo de la cabeza de puente del Oder, avanzaron directamente sobre Berlín y penetraron en la capital del Reich.

³² H. S. Dinerstein: *Op. cit.*, pág. 135.

a Stalin, sino a los Jefes políticos y, por tanto, al Partido, declarándose que no se podía «minimizar el papel de nuestro Partido y su Comité central, el papel de nuestro pueblo y del Gobierno soviético» en la consecución de la victoria. El «Heraldo Militar» tuvo entonces que rectificar. Téngase en cuenta que en este tiempo se vivía en la U. R. S. S. bajo el clima revisionista producido por la desestalinización proclamada por el mismo Jruschev en el XX Congreso del Partido (febrero de 1956). Y cabe apreciar fácilmente cómo, so capa de criticar a Stalin, las censuras recaían sobre el Partido, y cómo, al defenderse a éste, se atacaba inevitablemente al Ejército. En estas circunstancias, Zhukov se erigió en defensor autorizado de las Fuerzas armadas, negando toda responsabilidad por las derrotas de 1941-42, si bien tuvo cuidado en no reducir el prestigio del Partido³³, de cuyo *Presidium* era miembro suplente.

Un año después, Zhukov tendría nuevamente que enfrentarse, en cuanto Ministro de Defensa, con el Partido, en una grave crisis iniciada al decretar el Comité central del Partido, en abril de 1957, unas «Instrucciones sobre las organizaciones del Partido en el Ejército y en la Armada soviéticos». Desde que en 1955 se suprimiera el cuerpo de Oficiales políticos en las Fuerzas armadas, no había quedado claro el papel de las organizaciones del Partido en ellas y la dependencia de las funciones que emanaban de la denominada Administración política, cuyo Jefe simultáneamente formaba parte del Ministerio de Defensa y era jefe de sección del Comité central del Partido, siendo el director y el controlador de la orientación política en el Ejército y en la Armada soviéticos. Zhukov se mostró partidario de aumentar la autoridad de los Jefes militares profesionales, advirtiendo que no podía ser permitida la crítica de las órdenes de los mandos militares en las reuniones del Partido. Prácticamente, el Ministro de Defensa consiguió que las «Instrucciones» quedaran sin efecto, y más tarde, en julio—tal vez como recompensa al servicio que iba a prestarle a Jruschev en junio de 1957—obtendría Zhukov que el Jefe de la Administración política de las Fuerzas armadas cesara de informar directamente al Comité central. Pero muy poco tiempo después no se libraría el Mariscal Zhukov de fuertes críticas, en las que venía a acusársele de disminuir la importancia de la labor política del Partido en el Ejército y en la Armada³⁴.

También ha de destacarse que el Ministro de Defensa obligaría a Jrus-

³³ *Ibid.*, págs. 197-199.

³⁴ R. L. Garthoff: *Soviet Strategy*, citada, pág. 29.

chev a modificar su plan de abolición de los Ministerios económicos y de descentralización de la administración industrial, consiguiendo Zhukov que las industrias militares continuaran centralizadas bajo la dependencia del Ministerio de Defensa.

Mas no se interpreten estas fricciones como una toma de posición del Mariscal Zhukov y el Ejército soviético contra el comunismo, sino sólo contra el aparato del Partido, pues no debe olvidarse que las Fuerzas armadas de la U. R. S. S. son esencialmente políticas, esto es, comunistas. Por otra parte, téngase en cuenta, además, que no todos los Mariscales compartían las opiniones de Zhukov. Recordemos que Jruschev había tenido mucho cuidado en atraerse a otros altos Jefes militares, empujándolos en su carrera. Una fuerte diferencia entre los Mariscales se advirtió con ocasión de las rehabilitaciones que el mismo Jruschev hacía de las antiguas víctimas de Stalin en las grandes purgas. Zhukov insistió en que se rehabilitara también al Mariscal Tujachevsky. Pero a ello se opuso el Mariscal Koniev, que había intervenido muy directamente, por pertenecer entonces a las Fuerzas de seguridad, en la liquidación de Tujachevsky y sus compañeros, y posiblemente también se opuso el Mariscal Malinovsky, cuyo nombre, según cierta prensa polaca de 1939, figuraba entre el grupo de Oficiales de Estado Mayor partidarios de la ejecución de Tujachevsky³⁵. Mas a esta pretensión se opondría también el grupo stalinista, la vieja guardia, que aún continuaba en la gobernación de la U. R. S. S., singularmente Molotov y Kaganovich, muy descontentos de las graves consecuencias que la campaña revisionista había producido no sólo en la Unión Soviética, sino, singularmente, en los países satélites.

En efecto, prosiguiendo la política de destalinización, Jruschev había aflojado las cadenas que aherrojaban los países del Este europeo a Moscú. Inmediatamente, Polonia y Hungría se lanzaron por la vía de la independencia. Gomulka eliminaría en octubre de 1956 al Mariscal Rokossovsky del Politburó del Partido comunista polaco y le destituía de su cargo de Ministro de Defensa. Nagy, en una Hungría libertada por un levantamiento nacional, denunció el Pacto de Varsovia y pidió la retirada de las Fuerzas armadas soviéticas. Y en todos los demás países satélites sopló con fuerza el viento de la liberación nacional. Mas, ante la inconsciente pasividad norteamericana, la U. R. S. S. reaccionó con dureza en Hungría y con prudencia en Polonia. Por un momento coincidieron en Moscú los intereses de

³⁵ A. Falcionelli: *Op. cit.*, pág. 721.

la vieja guardia staliniana, que reclamaba dureza, y del Mariscal Zhukov, que envió sus carros para domeñar Budapest. A finales de 1956 y primeros meses de 1957, Jrushev parecía tener perdida la partida, pues frente a la ofensiva de Molotov, Kaganovich y Malenkov, no parecía contar con el apoyo firme de las Fuerzas armadas. Mas en esta pugna entre dos facciones del Partido, lo que aparecía claro era que el Mariscal Zhukov tendría que elegir y decidir el resultado. Y así lo hizo.

El 22 de junio de 1957 se reunió el Presidium del Partido comunista de la U. R. S. S. La vieja guardia stalinista pidió el cese de Jrushev, acusándole de debilitar a Rusia y al Partido comunista soviético. De los once miembros del Presidium, cinco se pronunciarían decididamente en contra del Primer Secretario: Molotov, Malenkov, Kaganovich, Subarov y Perujine; dos dudarían, los Mariscales Bulganin y Vorochilov (Jefes del Gobierno y del Estado, respectivamente) y sólo tres le apoyarían: Suslov, Kirichenko y Mikoyan. Pero Jrushev rehusó aceptar la censura, apelando al fallo del Comité central. Parece que hubo mayoría en contra en esta primera reunión del Presidium, pero posiblemente Jrushev advirtió que contaba con el apoyo del más poderoso de los miembros suplentes: el Mariscal Zhukov. Por esto, los demás aceptarían someter la diferencia al Comité central. Mas, en éste, la inmensa mayoría estaba controlada por el Primer Secretario del Partido, y el 29 de junio el pleno no sólo sostendría a Jrushev, sino que condenaría a Molotov, Malenkov, Kaganovich y Shepilov (recientemente destituido como Ministro de Asuntos Exteriores). Jrushev triunfó así contra el denominado «grupo anti-Partido».

Según otra versión—la del periódico comunista italiano *L'Unità*—, en la reunión del Presidium del Comité central, Molotov, Malenkov, Kaganovich y Shepilov atacaron a Jrushev, tachándole de «trotskista y oportunista». Tres miembros del Presidium estaban ausentes, de manera que los cuatro disponían de mayoría. Pero la minoría pidió que las medidas propuestas, que significaban el derrocamiento de Jrushev, fuesen comunicadas al *plenum* del Comité central del Partido. Esta pugna duraría tres días, hasta que los miembros ausentes del Presidium se incorporaron a él y se pudo decidir que el Presidium era responsable ante el Comité central y no al contrario. Esta conclusión marcó el principio del fin para los cuatro rebeldes. En la reunión del Comité central, del 22 al 29 de junio de 1957, hicieron uso de la palabra 225 miembros del Comité central, y ninguno apoyaría el punto de vista de Molotov, Malenkov, Kaganovich y Shepilov, que se verían aislados

y vencidos, siendo, a su vez, acusados por los partidarios de Jrushev de ser los responsables de la crisis polaca, por haber apoyado al grupo stalinista Natolin; del alejamiento de Tito y del fracaso de la campaña contra el dirigente yugoslavo; del apartamiento de la línea clásica marxista-leninista del comunismo chino y del estancamiento del Partido comunista soviético al torpedear el «grupo anti-Partido» la línea establecida en el XX Congreso.

Mas esta versión—de la cual se ha hecho eco en la Revista de *Política Internacional* el gran escritor rumano que firma Juan Dacio^{35 bis}—estimamos que debe ser completada, pues no tiene en cuenta el fundamental papel que, sin duda, correspondió a las Fuerzas armadas y al Ministro de Defensa, Mariscal Zhukov. Ciertamente que la capacidad maniobrera de Jrushev y, sobre todo, la importancia del desempeño de la Primera Secretaria del Partido le sirvieron de mucho para capear el difícil temporal político que se le venía encima, desencadenado por la vieja guardia stalinista. Pero la intervención del Mariscal Zhukov habría de ser más decisiva, y las palabras o acciones del Ministro de Defensa seguramente fueron las que hicieron enmudecer a los partidarios que sin duda tendrían Molotov, Malenkov, Kaganovich y Chepilov en el Comité central del Partido comunista soviético. Dados los antecedentes y a la vista de hechos posteriores que confirmarían el apoyo del Ejército y la Armada a Jrushev, en esta grave crisis en la lucha por el Poder entre los sucesores de Stalin, no resulta posible dudar aquí de la intervención resolutoria de las Fuerzas armadas.

El Mariscal Zhukov había elegido y decidido a favor de Jrushev. Según algún autor³⁶, el 23 de junio Zhukov había irrumpido en la sala donde estaba reunido el Presidium, no sin haber hecho rodear el edificio por un cordón de tropas motorizadas, para sostener al Primer Secretario del Partido. Parece también que el Ministro de Defensa compareció ante el pleno del Comité central para advertir que las Fuerzas armadas soviéticas no consentirían a nadie una puja por el Poder³⁷, y se pronunció claramente a favor de Nikita S. Jrushev. En los días siguientes, se ofrecería una prueba pública del apoyo del Ejército y la Armada al Primer Secretario del Partido: el Mariscal Zhukov presidió un mitin de la guarnición de

^{35 bis} *Cambio en el Kremlin*. «Política Internacional», núm. 32. Madrid, agosto 1957, págs. 67-72.

³⁶ A. Falcionelli: *Op. cit.*, pág. 604.

³⁷ R. L. Garthoff: *Soviet Strategy*, citada, pág. 30.

Moscú para apoyar a Jrushev, y los Mariscales Koniev, Jefe de las Fuerzas del Pacto de Varsovia; Vershine, Jefe de la Aviación, y Negelin, Jefe del Ejército blindado, y el Almirante Gorshov, Jefe de la Marina, y otros altos mandos militares, arengaron a las tropas en favor de Jrushev.

Nuevamente las Fuerzas armadas, pues, habían decidido una lucha por el Poder en la U. R. S. S. y actuado como árbitro entre dos grupos del Partido. Entre ellos, Zhukov había elegido al Primer Secretario, oponiéndose a la vieja guardia stalinista. ¿Por qué? Simplemente, porque el Ejército rechazaba en bloque la pasada tiranía stalinista, que el «grupo anti-Partido» representaba.

No se trataba de resolver la pugna entre Ejército y Partido. En todo caso, Zhukov buscó mejorar aún más la posición de las Fuerzas armadas y la suya personal. Por lo pronto, el Mariscal Zhukov fué inmediatamente elevado a la categoría de miembro titular del Presidium, siendo el primer Jefe militar profesional que alcanzó tan máximo puesto en el Gobierno de la U. R. S. S. Y el Ejército obtuvo algunas concesiones, como el ya aludido cese del control directo del Partido, a través de la Administración política, sobre las Fuerzas armadas; la gestión de las industrias militares, y una representación en la jefatura de la policía secreta, aspirando también a asumir la responsabilidad de las Fuerzas de seguridad interna y de la guardia de fronteras.

Mas la pugna entre Ejército y Partido seguía existiendo. Jrushev no podía olvidar que aun cuando Zhukov le había apoyado, se había permitido hablar en nombre de un poder independiente: las Fuerzas armadas, y al colocarlas así fuera de la esfera del Partido, aunque interviniendo en las luchas que se producían dentro del Partido, las situaba en una posición predominante, que podría conducir al tan temido bonapartismo rojo en un nuevo Brumario. Y es importante advertir que por entonces en Occidente se especulaba con tal posibilidad, considerándose solución favorable en un momento en que la U. R. S. S. iba a sorprender al mundo y humillar a los Estados Unidos inaugurando la era planetaria, al lanzar el 4 de octubre de 1957 el primer Sputnik o satélite artificial.

El Mariscal Zhukov, en su calidad de Jefe de las Fuerzas soviéticas de ocupación en Alemania, había tenido múltiples ocasiones durante la segunda mitad de 1945 de conversar con el General Eisenhower, por lo cual el Presidente norteamericano le consideró «un amigo bueno y verdadero». Habían vuelto a verse cuando la Conferencia de Ginebra de 1955, a la cual asistió Zhukov acompañando a Bulganin y Jrushev. Ya entonces se había insis-

tido en los círculos occidentales en la existencia de una buena amistad entre Eisenhower y Zhukov. En 1957 se habló de un proyecto de viaje del Mariscal soviético a los Estados Unidos. Se tenía en Occidente la sensación de que Zhukov y el Ejército soviético controlaban plenamente la situación en la U. R. S. S. y de que era inminente la instalación del Ministro de Defensa en el cargo máximo del Estado soviético, anulando incluso al Partido comunista.

Precisamente, en julio de 1957, Zhukov pronunció un discurso en Leningrado, estando ausentes Jrushev y Bulganin en Praga, que se interpretó como una amenaza dirigida a Jrushev y a otros jefes políticos soviéticos, exigiendo que se aclararan todos los crímenes de Stalin, en algunos de los cuales (las purgas en Ucrania) había intervenido el Primer Secretario del Partido. Y parece ser que la multitud de Leningrado aclamó al Mariscal con muchísimo mayor entusiasmo que el que no muchos días antes había demostrado a Jrushev. Este respondería indirectamente, por la prensa, flagelando el culto a la personalidad y exaltando la dirección colectiva. La situación amenazaba convertirse en explosiva dentro de la U. R. S. S. Jrushev planteó entonces el desembarazarse de Zhukov como problema urgente para mantenerse en el primer plano del Poder estatal soviético, que con paciencia y habilidad había logrado labrarse desde la muerte de Stalin, y que en este verano de 1957 se simbolizó en el primer puesto que había ocupado en Praga el Secretario del Partido, relegando al segundo al Jefe del Gobierno, Bulganin.

Justamente el mismo día, 4 de octubre de 1957, en que se anunció el lanzamiento del Sputnik-1, el Mariscal Zhukov salía de Sebastopol (después de haber pasado varios días como invitado de Jrushev en Crimea) en un crucero, que habría de llevarle a Yugoslavia, para entrevistarse con Tito y sellar la reconciliación entre los Partidos comunistas soviético y yugoslavo. Y durante tres semanas, en la última de las cuales visitó también Albania, el Ministro de Defensa estaría ausente de la U. R. S. S., con un alejamiento que habría de serle fatal. Cuando el Mariscal Zhukov regresó a Moscú el 26 de octubre, fué recibido en el aeródromo por el Mariscal Malinovsky y otros jefes militares, pero por ningún dirigente político, puesto que éstos le esperaban en la reunión del Presidium. Y allí le exigieron la renuncia al Ministerio de Defensa, ofreciéndole el dorado pero inoperante cargo de Presidente del Soviet Supremo. Como ha escrito Falconelli³⁸,

³⁸ *Op. cit.*, pág. 607.

solamente entonces comprendió Zhukov todo aquello que había ido tramándose durante su ausencia, y se negó a aceptar un cargo que significaba su liquidación como Jefe de las Fuerzas armadas y el final, sin gloria, de sus ambiciones políticas.

Era el triunfo de una maniobra muy hábilmente dirigida por Jrushev y en la que intervinieron los Jefes del Partido, los Oficiales políticos (que se habían quejado ante el Comité central por la situación de abandono en que dejaba la situación política de las Fuerzas armadas el Ministro de Defensa) y, también, altos Jefes militares profesionales, envidiosos o recelosos de la gloria o del poder de Zhukov. En el consiguiente comunicado del Comité central, publicado el 2 de noviembre de 1957, se puso de relieve «las serias deficiencias de la labor de Zhukov a la cabeza de las Fuerzas armadas», se condenaba su «comportamiento equivocado en desacuerdo con el Partido», al violar «los principios de Lenin, pregonando una política de abolición de la jefatura y del control del Partido sobre el Ejército y la Marina, demostrándose políticamente inseguro y propenso al aventurerismo» y se denunciaba el culto de la personalidad que él mismo había fomentado en el Ejército, ya que, «con la ayuda de sicofantes y de aduladores, su persona y su papel en la Gran Guerra Patriótica fueron superglorificados».

Hay que advertir que entre la reunión del Presidium y la publicación del comunicado oficial del Comité central pasaron siete días, lo cual parece indicar que Zhukov se resistió a la autocrítica, tal vez esperando que el Ejército reaccionara en favor del cuatro veces condecorado como héroe de la Unión Soviética, y, sin duda, la máxima figura militar de la U.R.S.S. Se había tenido que alejarle del territorio soviético, durante tres semanas, para poder montar la operación, temiendo que su ascendiente personal sobre la Oficialidad de la guarnición de Moscú impidiera su eliminación del Ministerio de Defensa. Mas en su ausencia se habían cambiado a algunos Generales y a todos los Coroneles con mando en el Distrito militar de Moscú, reemplazados por amigos de los Mariscales Koniev y Vassilievsky³⁹. Porque los altos Jefes militares, en su mayoría, no sólo abandonaron a Zhukov, sino que inmediatamente comenzaron a denostarle, comenzando por su antiguo rival el Mariscal Koniev, que no sólo dijo que Zhukov com-

³⁹ *Ibid.*, pág. 609.

Aunque una hija de Zhukov está casada con un hijo del Mariscal Vassilievsky. La otra, casó con un sobrino del Mariscal Vorochilov.

partía la responsabilidad de Stalin en las derrotas de 1941, sino que «no merecía crédito alguno por la victoria de Stalingrado», y aún que «habría trabado, más bien que facilitado, la conquista de Berlín». La actitud de los Mariscales partidarios de Jrushev, demostró que las Fuerzas armadas soviéticas no estaban unidas, y ello explica que «ni una bayoneta se haya movido en los cuarteles, ni un grito se diera en la calle»⁴⁰. El Mariscal Zhukov fué anulado y completamente silenciado. Parecía ser el único gran Jefe militar capaz de afirmar el poder autónomo de las Fuerzas armadas y desempeñar el primer papel político de la U. R. S. S., por encima de los dirigentes del Partido, expresando la voluntad común del Ejército. Desde este momento, el poderío de Jrushev parecía haberse consagrado en tal forma, que nada se resistiría a su voluntad, aunque ésta tuviera que expresarse a través de los órganos colegiales del Partido comunista.

Sin embargo, incluso en este momento, hay que advertir que si ciertamente se había destruido el prestigio personal del más grande de los Mariscales soviéticos, la fuerza del Ejército había quedado intacta. Ello se reflejó en el nombramiento del sucesor de Zhukov en el Ministerio de Defensa, del cual Jrushev no encargó al Mariscal más destacado entre sus partidarios, Koniev, ni tampoco al más devoto, Moskalenko, sino que solicitó y obtuvo el apoyo del Mariscal Malinovsky, que precisamente había sustituido a Koniev en el mando del Ejército de Tierra en 1956, nombrándole Ministro de Defensa.

Rodion Malinovsky había sido cabo en el Ejército imperial, destacado con un contingente ruso en el frente francés durante la I Guerra Mundial. Al producirse la Revolución comunista, entraría al servicio del Ejército rojo durante la guerra civil y se instruiría en la Academia militar soviética. En 1941 era ya Comandante-Jefe de un Cuerpo de Ejército, con el que, al año siguiente, intervendría en la batalla de Stalingrado y después mandaría un Grupo de Ejércitos que combatiría un Ucrania, Rumania, Hungría, Checoslovaquia y Austria, logrando el ascenso a Mariscal en septiembre de 1944. En julio de 1945 fué enviado por Stalin al Extremo Oriente y ocuparía Manchuria, continuando por allá—habría de dirigir la guerra de Corea del Norte—hasta que en 1956 fué designado Jefe del Ejército de Tierra soviético. Por otra parte, se hizo miembro del Partido en 1927, fué elegido miembro suplente del Comité central en 1952 y titular en 1956. Su nom-

⁴⁰ Raymond Cartier: *Joukov et la bataille du Kremlin*. Paris-Match. Núm. 448, 9 noviembre 1957.

bramiento, en noviembre de 1957, de Ministro de Defensa, no fué seguido de su elevación al Presidium. Sin duda, Jrushev, tras la experiencia Zhukov, no quiso que asumiera un papel eminentemente político en el más alto órgano del Estado soviético. Tal vez por ello, el astuto ucraniano le cerró el paso al ambicioso Koniev, manteniéndolo como Viceministro y Comandante-Jefe de las Fuerzas del Pacto de Varsovia. Así puso Jrushev de manifiesto que el Ministro de Defensa debía dedicarse únicamente a sus funciones militares. También, Malinovsky parece haber sido elegido como seguridad para los altos Jefes militares de que no habría una nueva purga, como la que siguió a la liquidación de Tujachevsky, en sus rangos. En definitiva, elevando al Mariscal Malinovsky al Ministerio de Defensa, Jrushev neutralizaba y tranquilizaba a las Fuerzas armadas. Y Malinovsky, en razón de las condiciones de su entrada en el Gobierno soviético, sabe bien que un militar no puede imponer una política al Partido comunista, aunque, como todos los jefes, deba seguir un poco a sus tropas o, al menos, tener cuenta su estado de espíritu ⁴¹.

Precisamente por esta última consideración, el actual Ministro de Defensa de la U. R. S. S. ha tenido que examinar en estos últimos tiempos cuál es el estado de ánimo de las Fuerzas armadas soviéticas en relación a los grandes problemas políticos que le afectan, como la campaña realizada por Jrushev en favor de la «coexistencia pacífica» entre Oriente y Occidente, política que lleva implícita la consecuencia de un desarme, al menos parcial, que repercute directamente sobre las Fuerzas armadas soviéticas.

Recuérdese cómo Jrushev, en plena euforia coexistencialista, propuso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 18 de septiembre de 1959, un plan de desarme total en cuatro años, que implicaría, como primer punto, «que no existieran más ejércitos de tierra, marinas de guerra y fuerzas aéreas; que se supriman los Estados Mayores generales y los Ministerios de la Guerra; que se cierren las Academias militares. Así, decenas de millones de hombres volverán al trabajo pacífico creador». Cierto que este plan expuesto por Jrushev es tan irreal, que ha de ser tomado por un mero proyecto propagandístico. Pero, con todo, es fácil convenir en que ha debido producir un impacto grande en las Fuerzas armadas soviéticas, sobre todo cuando la política de desarme ya ha comenzado a aplicarse en la U. R. S. S.

⁴¹ Bernard Féron: *Le Maréchal Malinowski, un homme qui exécute les directives du parti*. «Le Monde», París, 18 mayo 1960.

Ya en 1955 la Unión Soviética decidió proceder a una reducción de sus efectivos militares, que se elevaban entonces a 5.763.000 hombres, limitando los contingentes en filas en un 30 por 100. Era un gesto de distensión en el año de la Conferencia de alto nivel en Ginebra. Pero hay que advertir que la reducción de efectivos no alcanzó a los Jefes y Oficiales, que continuaron en el servicio activo. En 1956, la Unión Soviética había aceptado la propuesta occidental, formulada en las conversaciones sobre el desarme, de reducir sus efectivos armados hasta un límite de dos millones y medio de hombres, y, en efecto, parece ser que en los años siguientes, hasta 1959, la U. R. S. S. redujo, en forma unilateral, los efectivos de sus Fuerzas armadas a 2.140.000 hombres. El 15 de enero de 1960, el Soviet Supremo de la U. R. S. S. aprobó una Ley sobre una nueva importante reducción de sus Fuerzas armadas, que significaba el licenciamiento de 1.200.000 hombres, disolviendo el número correspondiente de unidades, formaciones, escuelas militares del Ejército y la Armada y disminuyendo correlativamente los gastos militares, que en el Presupuesto estatal para 1960 no han representado más que el 12,9 por 100 de todo el Presupuesto general, mientras que en 1955 alcanzaban el 19,9 por ciento, según datos que se indican en un «Llamamiento del Soviet Supremo de la U. R. S. S. a los Parlamentos y Gobiernos de todos los países», hecho público el mismo 15 de enero de 1960.

Esta importante nueva Ley soviética había sido glosada por Jrushev en un Informe presentado al Soviet Supremo, el 14 de enero de 1960, en el cual justificaba esta nueva medida y exponía los problemas que produciría y las soluciones a adoptar por el Gobierno soviético para hacer frente a los efectos de una desmovilización que afectaba no sólo a los soldados, sino también a los Jefes y Oficiales de las Fuerzas armadas de la U. R. S. S.

Jrushev partió de las conclusiones del XX y XXI Congresos de que, «en la actual coyuntura, no existen ya guerras fatales e inevitables, y que se puede y debe excluir la guerra para siempre de la vida de la sociedad humana. La vía segura para evitar a la humanidad las calamidades de la guerra, es la del desarme general y total». Por eso, ante las Naciones Unidas, el Jefe del Gobierno soviético había propuesto «la desmovilización de todas las Fuerzas militares y la destrucción de toda clase de armamento». «La Unión Soviética propone a los demás Estados, y ella misma está dispuesta a suprimir su Ministerio de la Guerra, disolver sus Estados Mayores, anular el servicio militar. En suma, la idea contenida en nuestra propuesta,

se resume así: descender prácticamente a cero el nivel de las Fuerzas armadas y el armamento de los Estados, no dejando, para el mantenimiento del orden interior y la protección de la seguridad individual de los ciudadanos, más que unidades severamente reducidas en cuanto al número, apropiadas para cada país y dotadas de armas ligeras.»

Después de esta declaración general, cuyo tenor irreal hemos ya subrayado—así como a cualquiera se le alcanza su significado teniendo en cuenta los métodos soviéticos en el desarrollo de la Gran Guerra Psicológica, en la que se sustituye el componente armado por acciones subversivas y revolucionarias internas—, Jruschev pasó a ocuparse de los efectos de la nueva Ley que se presentaba al Soviet Supremo.

En primer lugar, la reducción de efectivos no afectará a la potencia de las Fuerzas armadas soviéticas, ya que «los sabios, los ingenieros y los trabajadores soviéticos han asegurado la dotación a nuestro Ejército de armamento hasta ahora desconocido por el hombre: armas atómicas y de hidrógeno, cohetes y otras armas»; «el Comité central del Partido comunista y el Gobierno soviético pueden anunciaros, camaradas diputados, que las armas que poseemos son armas terribles y el arma que nos aprestamos a obtener, si así se puede decir, es todavía más terrible. Esta arma que está en vía de creación y se encuentra, según se dice, en las carteras de los sabios y de los ingenieros, es un arma extraordinaria»⁴² «Desde 1955, los efectivos de las Fuerzas armadas en nuestro país han sido reducidos a un tercio, mientras que su capacidad de tiro se ha acrecentado varias veces, gracias a la utilización y el desarrollo de los tipos más nuevos de la moderna técnica militar. Hoy, la capacidad de defensa del país no está ya determinada por el número de soldados bajo las banderas, por el número de hombres que lleven uniforme. Si se hace abstracción de los factores políticos y económicos de orden general, puede decirse que la capacidad de defensa de un país depende, en una gran medida, de la capacidad de tiro y de los medios de transporte de las armas que posee ese país. La reducción

⁴² T. Murray, miembro de la Comisión de energía atómica de los Estados Unidos, declaró, el 4 de noviembre de 1960, que una nueva arma nuclear «fantástica y revolucionaria», un «ingenio de nuevo tipo», había sido puesta a punto en Norteamérica. Esta bomba—añadió—se adapta a una estrategia nuclear de carácter más estrechamente militar, estando destinada especialmente a destruir a las tropas en tierra. Considero—concluyó—que la Unión Soviética desarrolla activamente toda una técnica nuclear sobre la base de estos nuevos datos; debo suponer que ha efectuado algunas experiencias preliminares de esta arma «fantástica».

«que proponemos no debilitará en nada la potencia de fuego de nuestras Fuerzas armadas... El Ejército soviético posee actualmente medios de combate y una potencia de fuego tales como ningún Ejército ha poseído jamás... El pueblo soviético puede estar tranquilo y confiado: el actual equipamiento del Ejército soviético asegura completamente la inviolabilidad del territorio de nuestro país.»

En segundo lugar, tal reducción de efectivos permitirá el realizar una economía de 16 a 17 mil millones de rublos por año, aproximadamente. Mas esta reducción «no se hace a causa de la debilidad económica o financiera de nuestro país», sino «para demostrar que tiene intenciones pacíficas». Y también, porque «los créditos liberados serán utilizados para la fabricación de los medios de producción, para el desarrollo de la economía, para el acrecentamiento de la producción, con lo que se podrá satisfacer mejor las necesidades materiales y espirituales del pueblo».

Finalmente, esta reducción de efectivos implicará el encontrar trabajo a los desmovilizados, pues la reducción de las Fuerzas armadas tendrá como efecto el «hacer volver una parte sustancial de los camaradas militares al trabajo en las empresas, los talleres, los koljoses, los sovjoses, los organismos científicos y de enseñanza». «Este problema—añade Jruschev—se resolverá fácilmente para los cabos y sargentos: han estado poco tiempo en el Ejército y poseen la práctica del trabajo, por lo que pueden volver a sus antiguas profesiones. Además, esta gente es joven y puede adquirir fácilmente el nivel profesional que le conviene.» «Este problema, en lo que respecta al empleo civil de los Oficiales, de los adjuntos políticos, es decir de los militares de carrera, es más importante y más difícil. Es preciso ser muy precavido respecto a esta gente. Los cuadros de nuestras Fuerzas armadas están bien preparados. Han estudiado con todas sus fuerzas la ciencia y el arte militar con el deseo de servir bien a nuestra Patria. Ahora, tendrán que cambiar de profesión y utilizar sus conocimientos en otras carreras, pero siempre en interés de una misma causa: el triunfo de las ideas leninistas, el triunfo del comunismo. Debemos rodear a estos camaradas de cuidados y afecto, para que se sientan cómodos en las nuevas labores colectivas. Es preciso ayudarlos para que adquieran una nueva profesión que les asegure una ganancia conveniente. Cada uno podrá elegir su trabajo según su deseo; tenemos todavía grandes posibilidades. Los nuevos colectivos deberán acogerlos amistosamente, como hermanos, creándoles condiciones que les sean agradables, ayudándoles a adquirir conocimientos para sus nuevas carreras que sean las más útiles, no militares, sino dirigi-

das hacia la solución de problemas tales como el logro del fortalecimiento del poderío del país, la extensión de la economía y de la cultura, el triunfo del comunismo.» «A los soldados y Oficiales que serán desmovilizados del Ejército les será necesario un cierto tiempo de adaptación para comenzar una nueva vida. Puede ser que convenga crear cursos *ad hoc* que permitan darles una nueva cualificación.» «Es éste—terminó Jruschev—un amplio y difícil problema, cuya solución debemos abordar con toda la seriedad necesaria.»

Indudablemente, este último efecto de la Ley sobre la reducción de las Fuerzas armadas soviéticas, aprobada el 15 de enero del presente año, ha tenido que producir un enorme descontento en el Ejército y en la Armada, esto es, personalmente en un número grande de Jefes y Oficiales, en unos 250.000, que se ha calculado serán afectados por tal nueva reducción⁴³. Las anteriores no habían sido aplicadas al cuerpo de Oficiales, que parece se componía de 1.800.000 hombres. Este pase a destinos civiles, algunos como simples asalariados, tal como ha sido delineado por Jruschev, significan una enorme pérdida de categoría social y económica de los Oficiales a los que se retire.

El cuerpo de Oficiales se ha convertido en una casta en la Unión Soviética. Según el Coronel norteamericano Ely⁴⁴, tanto social como económica y militarmente, se anima al Oficial rojo y se exige de él que se considere apartado de los soldados y de los civiles, y que se crea superior a ellos. «El Oficial soviético ha sido adornado en su uniforme de gala con oro en las charreteras, para demostrar que es el heredero de los aristocráticos Oficiales de las Fuerzas imperiales rusas.» Ha llegado a ser económicamente y en prestigio, una clase privilegiada de la Unión Soviética, señala Garthoff⁴⁵. Ciertamente se les exige una preparación intensa, con una continua instrucción técnica y táctica, de forma que en su vida diaria, el Oficial soviético está por completo absorbido en el Ejército. El cuerpo de Oficiales es así uno de los segmentos de la vida soviética, separado para hacerle objeto de consideración especial. El Oficial soviético recibe una mayor

⁴³ José Díez de Villegas: *Observaciones sobre las reformas actuales del Ejército ruso*. Revista «Ejército», núm. 249. Madrid, octubre 1960, pág. 23.

⁴⁴ *El cuerpo de Oficiales*. En la obra colectiva *El Ejército rojo*, citada. Páginas 325-327.

⁴⁵ *Doctrina militar soviética*, citada, pág. 235.

paga que un miembro correspondiente de una profesión civil⁴⁶, y además se le asigna vivienda gratuita y adquiere los mejores artículos en almacenes especiales, a precios reducidos. Las ventajas aumentan enormemente con los ascensos⁴⁷. Bien entendido que en las Fuerzas armadas soviéticas, el ascenso viene determinado en gran parte por la hoja de servicios, no siendo siempre la antigüedad y la edad consideraciones fundamentales⁴⁸, sino, sobre todo, su actitud política. La mayor parte de los Oficiales son miembros del Partido comunista.

Esta «purga pacífica» de Generales, Jefes y Oficiales de las Fuerzas armadas repercutirá, además, sobre la estructura de la organización militar de la U. R. S. S., pues al lado de un Ejército especialmente armado con los medios más modernos (nuevas Unidades en formación, dotadas de cohetes), Jruschev aludió a la constitución de «un sistema territorial», esto es, un Ejército territorial en el que la instrucción de la tropa se realice en períodos de varias semanas al año, sin interrumpir la producción. Sólo las Fuerzas permanentes estarán constituidas por Unidades reforzadas y armadas con ingenios nucleares.

Todas estas medidas, indiscutiblemente han sido impuestas a las Fuerzas armadas de la U. R. S. S., no sin producir en éstas la sensación de ser víctimas de la política de «coexistencia pacífica». Para calmar este descontento del Ejército, Jruschev hizo un reparto de condecoraciones y ascendió a unos trescientos jóvenes Coroneles y Generales.

El Ministro de Defensa no dejó de apoyar ante el Soviet Supremo esta Ley de reducción de efectivos, pero en su discurso de 15 de enero de 1960 pueden apreciarse algunas reservas. Por una parte, el Mariscal Malinovsky subrayó que «todo el personal de las Fuerzas armadas soviéticas—desde el simple soldado hasta el Mariscal—promete una fidelidad infinita a nues-

⁴⁶ Según el General Díaz de Villegas (*Op. cit.*, pág. 25), un Capitán de Compañía, en la U. R. S. S., cobra, en servicio activo, 700 rublos de sueldo y 900 más por destino. Esto es, 1.600 rublos, sin contar otras posibles asignaciones por idiomas, servicios prestados fuera de Rusia, en la región polar, zonas lejanas y de montaña alta, etc. Un obrero técnico no cobrará más de 900 rublos en total. Y parece ser que las dos terceras partes de los Oficiales licenciados han pasado a trabajar como «obreros corrientes»—según escribe Klaus Lenzen: *La sombra de Jruschev se llama Malinovsky*. «Heraldo de Aragón», Zaragoza, 18 junio 1960.

⁴⁷ Según Garthoff (*Op. cit.*, pág. 235), «el soldado cobra el equivalente de solo seis dólares al mes, pero el General de División soviético cobra 1.630 dólares mensuales, o sea, más que su homólogo americano».

⁴⁸ *Ibid.*, pág. 269.

tro glorioso Partido comunista: organizador, dirigente y promotor de todas las victorias alcanzadas por el pueblo soviético tanto en el trabajo pacífico como en los campos de batalla. Está exaltado por las ideas grandiosas del Partido comunista, que conduce al pueblo hacia el triunfo del comunismo.» Pero, por otra parte, no dejó de resaltar que las Fuerzas armadas soviéticas eran «la carne y la sangre de su pueblo», que «nuestros militares son inseparables de su pueblo; sus sueños, sus deseos y todos los latidos de sus corazones están dirigidos hacia un solo objetivo». Por esto, «no debe olvidarse que es preciso colocar en la vida civil, y colocarlos bien, a numerosos Oficiales que serán pasados a la reserva», los cuales «han defendido, y defienden, con abnegación los intereses del pueblo soviético y los grandes ideales del Partido comunista, no economizando ni sus esfuerzos, ni su sangre, ni incluso su vida». «Los cuadros superiores—terminó declarando Malinovsky—que serán dirigidos hacia la economía nacional, trabajarán con honor, codo a codo, con todo el pueblo soviético laborioso y estarán siempre prestos, al primer llamamiento del Partido y del Gobierno, a volver a los rangos del Ejército y de la Flota si la Patria lo exigiera.»

Cabe ver en las palabras del Mariscal Malinovsky un reflejo aunque tenue, del estado de ánimo, ciertamente no muy favorable, con que las Fuerzas armadas han acogido esta «liquidación pacífica» de 250.000 Jefes y Oficiales y la reducción, si no de su poder de fuego, sí de sus unidades activas.

Parece ser ⁴⁹ que no sólo el nuevo Mariscal Zajaorv, Jefe de las tropas soviéticas en Alemania oriental, hizo presente a Jrushev antes de mayo de 1960, que sus efectivos no podían ser reducidos, que no podía tocarse a la *élite* del Ejército soviético, sin dar un golpe terrible a su moral, sino que, del 12 al 14 de abril se celebró en Moscú una reunión para tratar de la desmovilización, a la que asistieron el Mariscal Malinovsky y el General Golikov, en representación del Ejército, y Suslov e Ignatiev, en representación del Partido, quienes tal vez aconsejaron a Jrushev una detención en el camino de la «coexistencia pacífica» comenzando por moderar la decretada desmovilización ⁵⁰.

⁴⁹ Raymond Cartier: *Les éclats de K. Pourquoi?* «Paris-Match», núm. 581, 28 mayo 1960.

⁵⁰ J. L. Gómez Tello: *Art. cit.*, pág. 13.

Sin embargo, el Mariscal Malinovsky, en su discurso del 28 de junio de 1960, en una recepción organizada por el Comité Central y el Consejo de Ministros de la

Además, la táctica de la «coexistencia pacífica» es mirada con desconfianza en el Ejército en cuanto política general de la U. R. S. S., temiendo que pueda debilitar la posición de la Unión Soviética. Las Fuerzas armadas no parecen compartir la creencia de Jrushev de que en una competición pacífica será el comunismo el que gane la partida. Recuerdan los efectos de la política de distensión preconizada en 1955, que al año siguiente estuvo a punto de derribar el Imperio rojo en el Este de Europa con la rebelión de los países satélites, lo cual sólo pudo evitarse mediante la entrada en acción, y de manera dura, de los carros armados soviéticos en Budapest. Al propio tiempo, los Jefes militares aprecian como una cadena de bases norteamericanas rodea casi todo el inmenso territorio de la U. R. S. S., vigilando y observando hasta los menores movimientos soviéticos.

Y en estos momentos acaece el incidente del «U-2» de Powers, que vino a demostrar que, pese a las declaraciones de Jrushev, no estaba completamente asegurada la inviolabilidad del territorio de la U. R. S. S., ya que este avión norteamericano había penetrado unos dos mil kilómetros en territorio ruso y se sabía que otros aparatos de los Estados Unidos sobrevolaban con frecuencia el país, de Sur a Noroeste y de Oeste a Sudeste. Y la declaración oficial de que el avión pilotado por Francis G. Powers había sido derribado de un solo disparo de un cohete, cuando volaba a unos 65.000 pies sobre las proximidades de Sverdlovsk, no resulta convincente, y menos para los técnicos⁵¹.

Toda esta situación puede explicar perfectamente que las Fuerzas armadas soviéticas hayan sometido a Jrushev a fuertes presiones para que rompiera con su política de «coexistencia pacífica» y distensión con Occidente, volviendo a la línea de dureza stalinista, comenzando por vigorizar, y no debilitar, al Ejército.

Al respecto, resulta muy interesante la publicación de un artículo en el órgano del Ministerio de Defensa, la *Krasnaia Zvezda*, el 7 de septiembre de

U. R. S. S. en honor de las nuevas promociones de Oficiales, dijo que aun habiendo sido creadas en las Academias militares superiores, secciones de estudio de cohetes, esto no significaba que se hubiera aumentado el número de inscritos en las Academias, ya que observamos—añadió—la Ley relativa a «una nueva y sensible reducción de las Fuerzas armadas».

⁵¹ *El proceso del U-2*. «Revista de Aeronáutica», núm. 240, pág. 920. Madrid, noviembre 1960.

1960, firmado por el Mariscal A. Gretchko (que fué nombrado el 25 de julio de 1960 Comandante-Jefe de las Fuerzas armadas unificadas del Tratado de Varsovia, sustituyendo al Mariscal Koniev, y Primer Viceministro de Defensa). En él se dice que aun cuando «el pueblo soviético hace todo lo posible para salvaguardar y estabilizar la paz sobre la tierra», sin embargo no «está descartado todo peligro de guerra». Por ello, «nuestro pueblo, el Partido comunista y el Gobierno soviético, teniendo esto en cuenta, se preocupan sin descanso en reforzar el potencial militar de las Fuerzas armadas de la U. R. S. S.... En tanto no haya sido concluído un acuerdo sobre el desarme general y total, debemos tener la pólvora seca, aumentar nuestra vigilancia y nuestra organización, perfeccionar sin descanso nuestras Fuerzas armadas, mejorar la instrucción militar y la educación política de las tropas». He aquí la nueva línea política, traducida en el reforzamiento del Ejército de la U. R. S. S., al cual se le acaba de dotar de unos nuevos Reglamentos de disciplina y de servicio interior, que imponen «la lealtad absoluta de los militares en relación a su Patria socialista, al Partido comunista y al Gobierno soviético», según comenta Gretchko⁵².

⁵² Estos nuevos Reglamentos formulan directivas muy completas sobre la organización de la vida cotidiana, el modo de vida y la actividad de las tropas, sobre el mantenimiento de una rigurosa disciplina militar, el orden y la combatividad, reflejando la política del Partido comunista y del Gobierno soviético en lo que concierne a la organización de las Fuerzas armadas, la educación política y militar, el refuerzo de la disciplina y de la dirección única—escribe el Mariscal Gretchko—. Estos Reglamentos (que han sido aprobados por el Presidium del Comité central y ratificados por Decretos del Presidium del Soviet Supremo) acentúan «la unidad en el seno del Ejército y del pueblo, la cohesión de las tropas en torno al Partido, su Comité central y el Gobierno soviético».

Destaquemos de ellos, que, por una parte, se señala que el Comandante de una Unidad es el jefe único, responsable personalmente ante el Partido comunista y el Gobierno soviético del grado de combatividad de su unidad; es responsable del grado de preparación militar y política, del estado de espíritu político y moral de los efectivos, y que, por otra, reflejan «las exigencias del Comité Central del Partido y del Gobierno en lo que se refiere a la intensificación del trabajo político y educativo en el seno del Ejército y de la Armada», reforzando «al máximo la disciplina militar», debiendo ser el método fundamental válido para educar a los soldados soviéticos en el espíritu de una disciplina militar consciente, «el explicar a los hombres la política del Partido comunista y del Gobierno soviético, los objetivos y las tareas de las Fuerzas armadas soviéticas, los imperativos de las leyes soviéticas, de la promesa de fidelidad, de los reglamentos, de las órdenes e instrucciones que emanen de los jefes militares».

También, que en ellos se indica la necesidad de convocar frecuentemente re-

Se desprende de todo lo hasta aquí expuesto, que el Ejército soviético no es un poder independiente ni siquiera una fuerza política autónoma dentro de la U. R. S. S., y que nunca ha podido imponer una línea política al Partido, aunque su opinión haya de ser tenida en cuenta. Además, hoy está desunido por las facciones y dividido en varios problemas de política militar, siendo partidarios unos de mantener grandes efectivos convencionales y otros de sustituirlos por unidades reducidas dotadas de armas ultramodernas⁵³. Por sí solas, las Fuerzas armadas no han constituido una fuerza política más que cuando los Jefes del Partido se separan y luchan por el Poder estatal. Entonces sí, el Ejército es la fuerza que decide las rivalidades dentro del Partido, pues, al fin y al cabo, es un Ejército comunista⁵⁴.

Y como Jruschev conoce perfectamente este carácter resolutivo que poseen las Fuerzas armadas, es muy probable que haya querido atraerse al Ejército, y por ello aceptado el enterrar—al menos por el momento—su política de «coexistencia pacífica», rompiendo con los occidentales en la non nata Conferencia de París, porque, según hay múltiples signos, nueva-

uniones generales (tarea que corresponde a los Comandantes, instructores políticos, organizaciones del Partido y del Komsomol), que han de mantenerse a un elevado nivel ideológico y moral con el fin de contribuir a reforzar la disciplina militar, la dirección única y la autoridad del Comandante. En especial, en el Reglamento disciplinario se han aumentado sensiblemente los poderes de los jefes de Regimiento.

Indudablemente estos Reglamentos representan un compromiso entre el Ejército y el Partido, si bien la consagración del principio de mando único revela que las Fuerzas armadas han conseguido mantener su antigua postura, aun cuando, a cambio, el Partido exija una mayor lealtad política a los mandos y aumente la propaganda política en el Ejército. A este último respecto, señalemos que en octubre de 1960 la «Estrella Roja» ha anunciado la aparición del «Kommunist de las Fuerzas armadas», nueva revista ideológica destinada a favorecer la difusión de las ideas y consignas del Partido entre los rangos del Ejército.

⁵³ Así, el Mariscal Malinovsky declaró el 3 de febrero de 1959 ante el XXI Congreso del Partido: «La Aviación y la Marina son medios de guerra ya comparativamente anticuados, desde que existe una nueva arma ultramoderna y más temible: los cohetes balísticos intercontinentales.»

⁵⁴ Muy recientemente, el 15 del presente mes de noviembre, acaba de celebrarse el 40 aniversario de la terminación de la guerra civil rusa, con un acto en la Casa del Ejército soviético, que ha sido presidido por los Mariscales Vorochilov, Budenny, Grechko, Zajarov, Rokossovsky y Timochenko y el Almirante Gorchov, en el cual se exaltó el papel del Partido comunista. Y en un artículo publicado en *Izvestia*, con esta ocasión, el Mariscal Rokossovsky afirma que los rusos habían votado por el socialismo cuando la guerra civil, y que, «si fuese preciso, el pueblo de la U. R. S. S. votaría nuevamente, una vez más, por el socialismo».

mente en el Kremlin está planteada una lucha por el Poder estatal entre los altos Jefes del Partido comunista. En este sentido, la presencia constante del Ministro de Defensa al lado de Jrushev en París, podría significar⁵⁵, más que una vigilancia del Jefe del Gobierno soviético por los Mariscales, el demostrar públicamente el cambio de su política e implicar en ella a los Mariscales, buscándolos como el mejor sostén mientras no logre capear el temporal que parecía avecinarse en la política interna de la U. R. S. S., que ofrece indicios más que suficientes para poder afirmar que el neostalinismo estaba en alza y se atrevía a presentar batalla a Jrushev. Y, desde luego, si el Ejército se decidiera a apoyar a los neostalinistas, la liquidación política de Jrushev sería inevitable.

Y hay que tener en cuenta que los neostalinistas coinciden con las Fuerzas armadas en oponerse a la política de «coexistencia pacífica» propugnada por Jrushev. De aquí que cambiando resonantemente de política mundial en París, en mayo de 1960, el Jefe del Gobierno soviético no sólo pensó conseguir el apoyo del Ejército, aunque a costa de varias concesiones⁵⁶, sino también neutralizar a este poderoso grupo del Partido comunista soviético que parece encontrar mucho apoyo no únicamente en el interior de la U. R. S. S., sino, en especial, el de la China comunista.

Por esto, se hace preciso ver ahora la significación de esta fuerza política neostaliniana en la U. R. S. S., a la cual también se achaca unánimemente el haber influido o incluso determinado la actitud de Jrushev ante la Conferencia de alto nivel.

⁵⁵ Luis María Ansón: *El Gengis Kan rojo*. Madrid, 1960, pág. 95.

⁵⁶ Aparte la que acaba de indicarse respecto a los Reglamentos de disciplina y servicio interior de las Fuerzas armadas, parece ser que se ha acordado la rehabilitación del Mariscal Mikail Tujachevsky, pues en la última edición de la «Enciclopedia» soviética aparece enaltecido y honrado como fundador del Ejército rojo y principal defensor del régimen bolchevique en la época más crítica y difícil para éste—según se dice en el artículo *Los enigmas soviéticos*. «ABC». Madrid, 3 noviembre 1960.

II

LAS MANIOBRAS DEL GRUPO NEOSTALINISTA SOVIÉTICO

El proceso de la sucesión de Stalin parece no estar todavía claramente cerrado en la U. R. S. S., tanto en lo personal como en lo estructural. Si bien hoy existe una figura, Jruschev, que ocupa el primer puesto con evidente adelanto a toda otra, todavía no se ha impuesto como «el único», ya que ha de contar con la aquiescencia de otros Jefes del Partido comunista en una forma de gobierno que todavía es—cada vez más sólo en la forma—colegial o de dirección colectiva. Su campaña contra el culto a la personalidad y sus críticas a Stalin le impiden ahora a Jruschev el imponerse como Jefe indiscutible, en un régimen, cual el comunista, que exige esencialmente el mando único. Hay una historieta que circuló por el mundo, según la cual Stalin había dejado a su sucesor dos cartas cerradas, en sendos sobres, en el primero de los cuales ponía de su puño y letra: «Para abrir cuando las cosas vayan mal», y en el segundo: «Para abrir cuando las cosas mejoren». El Primer Secretario del Partido abrió el primer sobre en enero de 1956 y se encontró con una nota de Stalin en la que se decía: «Desacreditadme, echadme la culpa de todo.» Y así lo haría Jruschev en el XX Congreso, al mes siguiente. Y, en efecto, desde entonces, la figura política de Jruschev se elevó extraordinariamente hasta llegar a su cénit en mayo de 1960. Mas antes de acudir a la convocada Conferencia de alto nivel en París, el Jefe del Gobierno soviético, juzgando que las cosas no podían irle mejor, abrió impaciente el segundo sobre, y leyó la siguiente nota de Stalin: «Ahora, procede igual que yo.» Pero la perplejidad de Jruschev es grande, porque observa que a él no va a serle fácil el desarrollar una política de poder personal como la que Stalin realizó, y ve cómo, al contrario, los reivindicadores de Stalin amenazan desposeerle del mando. Y Jruschev se arrepiente de no haber procedido oportunamente, como Stalin, a liquidar físicamente a sus enemigos, que había conseguido apartar del Poder, pero a los cuales se limitó a desterrar.

Porque frente a Jruschev se alzan nuevamente en la U. R. S. S. los ayer desposeídos: Malenkov, Molotov, Kaganovich, Bulganin, Vorochilov, la vieja guardia comunista.

Cierto que el primer alejado del Poder, a la muerte de Stalin—después que

Beria fué liquidado—, Malenkov no sólo no pertenecía a la vieja guardia (puesto que no ingresó en el Partido hasta 1920, si bien entrara en 1939 en el Comité central), sino que fué derribado de la Jefatura del Gobierno soviético, el 8 de febrero de 1955, contando Jrushev con la ayuda de la vieja guardia del Partido. Pero cuando el 22 de junio de 1957 se reunió el Presidium, Malenkov se unió a Molotov y Kaganovich contra Jrushev, y al vencer éste todos serían considerados miembros del grupo «anti-Partido» y desterrados. Buganin y Vorochilov, que adoptaran una actitud dudosa y cambiante en la reunión del Presidium de 22 de junio de 1957, no fueron entonces destituidos de sus máximos cargos de Jefes del Gobierno y del Estado, respectivamente. Pero Jrushev habría de desposeerlos más tarde: Bulganin, que desde el verano de 1957, no obstante conservar, en precario, el título de Jefe de Gobierno, claramente había tenido que dejar pasar delante a Jrushev, en la reunión del Soviet Supremo el 27 de marzo de 1958 tuvo que dimitir para que Jrushev ostentara, en adelante, la Jefatura del Gobierno de la U. R. S. S., pasando Bulganin a la Presidencia del Banco del Estado soviético; Vorochilov, que había sucedido en enero de 1955 a Shvernik en la presidencia del Presidium del Soviet Supremo—lo que equivale a Presidente de la U. R. S. S.⁵⁷—, había sido reelegido en 1958, pero sería destituido el 7 de mayo de 1960, sustituyéndole Leónidas Brejnev, partidario incondicional de Jrushev.

Pues bien; Molotov, Kaganovich y Vorochilov constituyen la troika de la vieja guardia del Partido comunista de la U. R. S. S. Los tres ingresaron en el Partido antes de la Revolución (1906, 1911 y 1903, respectivamente); fueron miembros del Politburó antes de las grandes purgas (1925, 1930 y 1935) y en la época staliniana ocuparon cargos tan destacados como los de Presidente del Consejo de Comisarios del pueblo (1930-41) y Comisario

⁵⁷ Mijail Kalinin sería elegido en 1922 primer Presidente del Comité ejecutivo central, órgano supremo del Estado soviético, reemplazado en 1936 por el Presidium del Soviet Supremo, cargo que habría de desempeñar hasta el 19 de marzo de 1946. Le sustituyó Nicolás Chverník, quien, a su vez, cedió el cargo a Kliment Vorochilov el 7 de marzo de 1953.

El cuarto y nuevo Jefe del Estado soviético (si bien sólo a efectos protocolarios), Leónidas Ilytch Brejnev, es un representante típico del aparato del Partido comunista de la U. R. S. S. Durante la II Guerra mundial fué Comisario político en el Frente ucraniano. En 1950 fué nombrado Secretario del Partido en la República de Moldavia y en 1955 de la de Kazajstán. En 1956 se le nombró miembro suplente del Presidium, pasando a titular en julio de 1957, situándose al lado de Jrushev en la lucha contra el «grupo anti-Partido».

(luego Ministro) de Asuntos Exteriores (1935-1949), Molotov; Vice-Presidente del Consejo de Comisarios del pueblo (1938), miembro del Comité para la defensa del Estado (1942) y Ministro de Comercio exterior (1944-45), Kaganovich, y Comisario de Guerra y Marina (1924-1941), Vorochilov. Y a la muerte de Stalin, Molotov y Kaganovich fueron nombrados Primeros Viceprimeros Ministros (cargos en los que continuarían después de la reorganización de 1955), pasando Vorochilov a la Jefatura del Estado soviético. Y no sólo lograría Jrushev derribar a estos tres máximos representantes de la vieja guardia del Partido (además, Kaganovich fuera cuñado y consuegro de Stalin), sino que, además, con ellos destruiría políticamente primero a Malenkov y después a Bulganin, ambos asimismo figuras máximas del Partido. Malenkov había sido comisario político durante la guerra civil y, desde 1925, Secretario particular de Stalin; entró en el Politburó en 1946 y a la muerte de Stalin ocupó los tres máximos cargos: Presidente del Consejo de Ministros, Presidente del Presidium del Comité central y Secretario General del Partido. Bulganin comenzó figurando en las Fuerzas de seguridad en los años veintes, fué Alcalde de Moscú, Primer Ministro de la República rusa y miembro del Politburó antes de 1945, y Ministro de las Fuerzas armadas (1947-49); a la muerte de Stalin fué también nombrado Primer Viceprimer Ministro y Ministro de Defensa (1953-55), pasando después a la Jefatura del Gobierno soviético (febrero 1955-marzo 1958).

Comparado con cualquiera de estos cinco, la historia política de Jrushev dentro del Partido comunista de la U. R. S. S. es muy inferior. Parece que ingresó en el Partido en 1918, luchando en la guerra civil y no alcanzando un puesto de algún relieve hasta 1932, en que fué nombrado Secretario del Comité de Moscú. Mas ya en 1939 sería miembro del Politburó y del Presidium del Soviet Supremo. Durante la II Guerra Mundial sería Comisario político en el Frente ucraniano, quedándose luego como Presidente del Consejo de Ministros de Ucrania (1944-47). Stalin le nombraría segundo Secretario del Comité central del Partido, pasando al cargo de Primer Secretario del Partido el 20 de marzo de 1953, que le cedió Malenkov, no se sabe aún cómo y por qué. Mas, desde la Secretaría del Partido, siguiendo el ejemplo de Stalin, maniobraría Jrushev de tal forma que, poco a poco, iría adquiriendo mayor poder y relieve. Comenzó practicando el viejo adagio *divide et impera*, y así, después de contribuir a la liquidación de Beria, se aliaría con Molotov y Kaganovich contra Malenkov, para revolverse después contra éstos, y luego deshacerse fácilmente de Bulganin

y, por último, de Vorochilov. Al propio tiempo—según hemos expuesto—maniobraba también en la pugna contra el Ejército, con una táctica de tira y afloja, utilizando la rivalidad entre los Mariscales Zhukov y Koniev, después de servirse del primero para derrotar a Molotov y Kaganovich, y con la ayuda de los Mariscales jóvenes (la troika constituida por Gretchko, Nedelin y Moskalenko) se deshizo de su potencialmente más peligroso rival: Zhukov, y quedó, al fin, como el verdadero amo de la Unión Soviética. Para todo ello, el control de los cuadros del Partido sería el arma fundamental de Jrushev.

Porque, dialécticamente, la argumentación política utilizada por Jrushev contra sus enemigos en la lucha por el Poder, no parece ofrecer una gran fuerza lógica. Frente a Malenkov, para obtener su cese de Jefe del Gobierno (aun cuando quedara como Ministro de centrales eléctricas y miembro del Presidium hasta junio de 1957) invocó que su política daba preferencia a la producción de bienes de consumo a expensas de la industria pesada y que olvidaba el desarrollo del campesinado, así como que su política de distensión con los occidentales conducía al debilitamiento de la posición internacional de la U. R. S. S. Mas basta advertir que desde diciembre de 1950 era Jrushev el encargado de dirigir la agricultura soviética, y que en marzo-abril de 1953 Malenkov le había confiado la tarea de reorganizar el campo⁵⁸; posteriormente, Jrushev habría de acentuar la política de producción de bienes de consumo, aunque conservando el primer puesto para la industria pesada, y se convertiría en el principal vocero de la distensión internacional bajo la forma extrema de la «coexistencia pacífica».

Frente a Molotov y Kaganovich ha invocado Jrushev, esencialmente, que querían continuar la línea stalinista e impedir que se siguiera la nueva línea leninista «en los problemas esenciales de la política interna y exterior»⁵⁹, así como también que se habían opuesto a la condena de los crímenes de Stalin y su tiranía personal y, sobre todo, que se oponían a la nueva expansión económica de la U. R. S. S. planteada en tres formas: ayuda mutua y coordinación económica con los demás países comunistas, ayuda

⁵⁸ A. Falcionelli: *Op. cit.*, pág. 541.

⁵⁹ Informe de Jrushev ante el Comité central del Partido el 15 de diciembre de 1958. En su Informe ante el XXI Congreso (27-1-1959) diría Jrushev que Malenkov, Kaganovich, Molotov, Bulganin y Chepilov, «usando los peores procedimientos de la lucha disidente, se han esforzado en sabotear la unidad del Partido, obstaculizar la ejecución de las decisiones del XX Congreso y desviar al Partido y al país de la línea comunista».

técnico-económica a los países subdesarrollados y competición pacífica entre el comunismo y el capitalismo en el terreno mundial⁶⁰. Pero téngase en cuenta que Jruschev está tratando claramente de instaurar su propio poder personal por encima de cualquier dirección colectiva, que sólo rechaza los crímenes de Stalin en los cuales el ucraniano no ha intervenido y que bien recientes están las pruebas de su dureza en la conducción de la política exterior soviética. Ciertamente que cabe apreciar diferencias doctrinales y en la estructuración del régimen soviético entre Jruschev y el «grupo anti-Partido»⁶¹, pero no parecen tener estos criterios opuestos una importancia tan fundamental, acaso si se exceptúa la drástica condenación del stalinismo hecha por Jruschev en su famoso Informe secreto sometido al XX Congreso⁶². En rigor, se trata de diferencias personales, esto es, de rivalidades por el Poder.

Pero a diferencia de Stalin, todavía Jruschev no ha liquidado físicamente a sus oponentes, sino que los ha desterrado: Malenkov sería enviado como director de una central eléctrica al Kazakstán; Molotov fué nombrado Embajador en la República Popular de Mongolia; Kaganovich fué designado director de una fábrica de cemento en los Urales; Shepilov (uni-

⁶⁰ Según Glóvinsky, en el capítulo VI de la obra colectiva *Problems of Soviet Foreign Policy*. Munich, 1959, pág. 132.

⁶¹ Según Jruschev, en su Informe ante el Comité central, el 15 de diciembre de 1958, Malenkov, Kaganovich, Molotov, Bulganin y Shepilov se habían pronunciado contra los siguientes planes: la reorganización de la industria y de la construcción; el aumento de los poderes de las Repúblicas federadas y de los organismos locales del Partido y de los Soviets; la expansión de la agricultura, singularmente la puesta en valor de las tierras vírgenes, y la supresión de las entregas obligatorias de carne, leche, patatas y otros productos agrícolas por los koljoses. N. Bulganin, en su discurso de autocrítica ante el Comité central, el 18 diciembre 1958, diría a este último respecto: «Recuerdo bien la situación que se creó en el seno del Presidium del Comité central, cuando el camarada Jruschev planteó la cuestión de la puesta en valor de las tierras vírgenes y, casi simultáneamente, la del nuevo sistema de planificación de la agricultura. "Es una aventura", dijo Molotov. "Quedaremos sin pan", dijeron Molotov, Malenkov y Kaganovich.»

Según Kuznín (Presidente del Gosplan entonces), en su discurso ante el XXI Congreso (3-II-1959), el «grupo anti-Partido» se había pronunciado también contrario a Jruschev en cuestiones esenciales de política exterior, y Saburov, haciendo su autocrítica, reconoció que el «grupo anti-Partido» se había opuesto a la revisión de las relaciones económicas entre la U. R. S. S. y los países satélites y a la política de asistencia económica a los países subdesarrollados.

⁶² B. D. Wolfe: *Kruschev and Stalin's Ghost: the Text, Background, Motives and Meaning of Kruschev's Secret Address*. Nueva York, 1957.

do al grupo después de haber sido protegido de Jrushev) fué encargado de una cátedra en la Universidad de Vladivostok y Bulganin sería nombrado Presidente del Banco del Estado (cargo en el que habría de cesar el 25 de diciembre de 1958, pasando a ser Presidente del sovnarjose de Stavropol). Mas los cinco continuarían siendo miembros del Partido comunista y aún alguno del Comité central. Además, posteriormente, Molotov saldría de Ulan Bator y acaba de ser nombrado (después de serle rechazado el *placet* para Embajador en La Haya, según se ha dicho en la prensa europea) Embajador cerca de la Agencia Internacional de Energía Atómica, en Viena, y Shepilov sería destinado al Departamento de investigaciones económicas de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., en Moscú.

Cierto que todos han tenido que hacer su autocrítica y han sido condenados, después de la depuración de 1957, por el pleno del Comité central del Partido en diciembre de 1958 y todavía en el XXI Congreso del Partido comunista de la U. R. S. S., celebrado en Moscú del 27 de enero al 5 de febrero de 1959, que ha tenido la categoría de extraordinario⁶³, y en el cual Jrushev ha consolidado su poder personal, poniendo prácticamente fin a toda «dirección colectiva».

Así, Bulganin, en su discurso de autocrítica de 18 de diciembre de 1958, dijo: «El grupo anti-Partido se pronunció contra la línea general del Partido en las cuestiones fundamentales de nuestra política exterior e interior, contra la dirección ejercida por el Partido, contra la unidad en el seno del Partido. Todo lo que ha dicho el camarada Jrushev en su Informe sobre el grupo anti-Partido, sobre Molotov, Malenkov, Kaganovich, sobre mí mismo y Shepilov, y todo lo que han dicho aquí los camaradas que han hecho uso de la palabra, es justo y corresponde enteramente a la realidad... Malenkov, Kaganovich y Molotov se oponían constantemente a la política que fué proclamada en el XX Congreso del Partido..., frenaban y saboteaban el trabajo del Presidium del Comité central.» Y todavía añadió: «Molotov es un hombre apartado de la vida del pueblo soviético, no

⁶³ Suslov dijo el 27 de enero de 1959 que «el XXI Congreso no es un Congreso ordinario de nuestro Partido, y, por consiguiente, no ha sido presentado ante el Congreso un Informe sobre la gestión del Comité central. Sin embargo, de hecho, el luminoso, detallado y profundo Informe del camarada Jrushev, expone igualmente los resultados de la actividad del Partido y de todo el pueblo soviético en el período entre el XX y el XXI Congresos». Estas palabras ponen de relieve el poder personal alcanzado por Jrushev, que hizo sancionar por el Congreso su política personal y sus grandes líneas de acción para el futuro.

conociendo absolutamente nada ni de la industria ni de la agricultura. Kaganovich es un charlatán que impide trabajar con sus largos y confusos discursos. Malenkov es un intrigante, capaz de las peores villanías y abominaciones...; ¡qué peligros hubieran amenazado al Partido y al pueblo soviéticos si Molotov, Malenkov y Kaganovich hubieran tomado el Poder.» Por lo que a él se refería, Bulganin protestó de que se había solidarizado con la mayoría del Presidium y del Comité central, pero—terminó confesando—«por sensible que sea, un hecho es un hecho. Cuando, en 1957, la actividad anti-Partido de Malenkov, Kaganovich, Molotov y Chepilov se desarrolló activamente, yo me uní a ellos. Yo los sostuve, fui partidario y cómplice de ellos. Siendo entonces Presidente del Consejo de Ministros, me encontré con que era no sólo miembro de su grupo, sino su jefe titular. El grupo anti-Partido se reunió en mi despacho, conspirando a favor de una obra disidente y anti-Partido. De esta manera, si bien en el curso de una etapa determinada, me conduje correctamente como miembro del Partido, posteriormente, de hecho, he compartido con ellos todo el lodo anti-Partido... El juicio severo y de principio pronunciado contra la actividad criminal de Malenkov, Kaganovich y Molotov y de todo el grupo anti-Partido, así como sobre mi propia participación en este grupo, me revela y me ayuda a comprender toda la podredumbre de la ciénaga en la cual me encontraba. El Partido ha puesto al desnudo y desenmascarado la significación política de la actividad del grupo anti-Partido y las faltas que yo había cometido. Reconozco sinceramente mi falta y pido al Comité central me ayude a encontrar de nuevo el camino del Partido.»

Pero, a pesar de las autocríticas—Molotov fué el único que se resistió a confesar sus faltas, aunque tuvo que reconocer la justeza de algunas críticas—, parece que este grupo—al que podemos denominar neostalinista, en cuanto que se trata de los más fieles partidarios de Stalin y su política—siguió maniobrando contando con ramificaciones bastante importantes, pues en el XXI Congreso (27 enero-5 febrero 1959) se renovaron las acusaciones contra Malenkov, Kaganovich, Molotov, Bulganin y Chepilov, al tiempo que también sufrían ataques Saburov y Pervujin, miembros aún del Comité central. El Secretario del Comité del Partido en Leningrado, Spiridonov, no sólo atacó a Bulganin, considerando insuficiente su anterior autocrítica, sino que acusó directamente a Pervujin (entonces y ahora Embajador en Pankow) y a Saburov (antiguo Presidente del *Gosplan*)—ambos antiguos miembros del Presidium, que votaron contra Jrushev el 22 de junio de 1957—de no haber condenado al grupo anti-Partido ni haber reconocido abiertamente

sus propios errores. Pervujin tuvo que reconocer, en la sesión del 3 de febrero de 1959, que había cometido una «gran falta política» al sostener los ataques del grupo anti-Partido contra Jruschev, pero alegó que había dejado de apoyar a tal grupo cuando manifestó francamente su voluntad de cambiar la dirección del Comité central. Saburov manifestó, por su parte, que si bien había compartido algunas tesis del grupo anti-Partido, no pertenecía a él y se había asociado a su condena en junio de 1957.

Lo importante de estas críticas en el XXI Congreso—no obstante haber éste consagrado la autoridad y el lugar excepcional de Jruschev dentro del Partido y, por tanto, en el gobierno de la Unión Soviética, renovando la condenación de sus antiguos adversarios—es que parecen revelar que los neostalinistas conservan todavía ciertos apoyos en el seno del Partido. Es interesante el dato de que Pervujin fué aplaudido al terminar su discurso ante el XXI Congreso.

Y, en efecto, en los últimos meses parece como si hubiera aumentado la fuerza de este grupo de la vieja guardia comunista en el interior de la U. R. S. S., aprovechando, precisamente, las debilidades que ofrece la política de Jruschev, en especial en las relaciones internacionales de la U. R. S. S. bajo el signo de la «coexistencia pacífica», atenuando las luchas de clases y de «liberación nacional». Y hasta es posible que los neostalinistas hayan encontrado apoyos en las Fuerzas armadas soviéticas, pues no faltan Mariscales que asimismo desconfíen de los planes de desarme y de los decretos de desmovilización adoptados por Jruschev. Todavía la posición de Jruschev no es absolutamente firme y será el éxito o el fracaso de su política exterior e interna el que pueda vigorizarle o destruirle.

En el desarrollo de su política de «coexistencia pacífica» Jruschev ha cometido errores⁶⁴: estimó en exceso el éxito de su viaje a Norteamérica, creyendo que la sonrisa de Eisenhower en Camp David anticipaba una serie de concesiones, que le habrían permitido regresar de la Conferencia de París como un triunfador ante sus adversarios del Kremlin; creyó que la actitud del Presidente De Gaulle acerca de la revisión de la Alianza Atlántica podría conducir a una separación francesa de los anglosajones y aún de la Alemania occidental, y a una resurrección del Pacto franco-soviético o al menos a un Pacto de seguridad europea en el que no participarían los Estados Unidos; tal vez pensó que el problema de Berlín podría

⁶⁴ J. L. Gómez Tello: *Art. cit.*, pág. 13.

ser resuelto a favor de la República Democrática alemana. Pero el 1.º de mayo de 1960 era ya claro que ninguno de estos objetivos iba a ser logrado por Jruschev en una Conferencia de alto nivel, que sólo se ofrecía como escenario para una simple confrontación de tesis entre Occidente y Oriente. Las Potencias occidentales habían conseguido concertar sus políticas y aparecerían en París formando un frente unido, nada dispuestas a permitir que el Jefe del Gobierno soviético cosechara fáciles triunfos. Incluso Adenauer se iba a desplazar a París, para, antes de iniciarse la Conferencia, obtener seguridades para la República Federal alemana de que no se convertiría a Berlín en una ciudad libre ni se reconocería a la Alemania oriental, según venían presionando Ulbricht y Gotewolh sobre Jruschev. Como declararía el Secretario de Estado norteamericano, Herter, en su discurso del 27 de mayo de 1960, la unidad de las cuatro Potencias occidentales respecto a Berlín, seguramente hizo darse cuenta a la Unión Soviética de que no tendría probabilidades de hacer cambiar la posición occidental o de hacer triunfar las peticiones soviéticas. Y, en efecto, el acuerdo de los Ministros de Asuntos Exteriores occidentales, adoptado en las reuniones de Washington y Estambul, sería reafirmado en París el 14 de mayo de 1960.

Ante estas circunstancias desfavorables, ¿podía Jruschev exponerse a regresar de París con las manos vacías? ¿Podía presentarse ante el Presidium o ante el Comité central del Partido con un fracaso evidente? Toda su larga campaña en pro de la «coexistencia pacífica», su continua alabanza del Presidente Eisenhower como el «hombre de la paz», ¿no sería juzgada severamente en Moscú? Porque los neostalinistas le aguardarían bien preparados para ajustarle las cuentas, resaltando que no había conseguido más que debilitar la posición de la U. R. S. S. en el mundo, en vez de vigorizarla con una política dura y militante.

Y en esto sucede el incidente del «U-2» del capitán Powers, al que Jruschev se agarraría como a un clavo ardiendo, puesto que le ofrecía el pretexto—servido en bandeja por el Pentágono—para demoler la Conferencia de alto nivel, a menos que Eisenhower le suministrara un triunfo resonante aceptando el ultimátum soviético y negociando luego desde la falsa posición de acusado convicto y confeso. Pero Eisenhower no se sometió, y entonces Jruschev tuvo que destruir todo lo que durante dos años había edificado trabajosamente.

Desde este punto de vista tiene plena razón Walter Lippmann al escri-

bir⁶⁵ que la Unión Soviética, en la fase actual de su desarrollo interno, tiene un interés vital en un desahogo en las relaciones internacionales, y que para lograr este propósito Jruschev hizo descansar su política en la creencia de un posible entendimiento personal con Eisenhower. «Pese al escepticismo, a las críticas y a la oposición de los comunistas ortodoxos, Jruschev jugó la carta de Eisenhower como una de triunfo.» «Jruschev había hecho algo contrario al dogma marxista, algo que ningún otro jefe comunista había hecho anteriormente: jugó su prestigio sobre la personalidad del jefe anticomunista de un Estado anticomunista, de un General eminentemente conservador que encabeza una Administración altamente capitalista. Después del incidente del «U-2»—cuando el Presidente justificó los vuelos de aviones espías en el espacio aéreo de la Unión Soviética, como una necesidad de la política nacional norteamericana—Jruschev se encontró en una posición intolerable para un dictador. En presencia del mundo comunista aparecía ridículo, crédulo y débil.» Y máxime cuando en los primeros días de mayo de 1960 Jruschev trató de salvar al Presidente norteamericano de toda intervención directa, hasta que, en Washington, Eisenhower endosó toda responsabilidad. Naturalmente que en estas circunstancias, el Jefe del Gobierno soviético no podía menos que aprovechar el incidente del «U-2» para soltar amarras y abandonar una Conferencia de alto nivel en la que nada importante iba a conseguir para la U. R. S. S., y tras la cual él inevitablemente perdería prestigio y poder no sólo en la Unión Soviética, sino en todo el mundo comunista.

Y esto es lo que parece le hicieron ver al Jefe del Gobierno soviético antes de abandonar Moscú. En su citado discurso del 28 de mayo de 1960, el Secretario de Estado norteamericano dijo: «Hay una cosa, sin embargo, que puede ser considerada cierta: la decisión de hacer fracasar la reunión de París, fué tomada antes de que Jruschev saliera de Moscú.» Y el Presidente Eisenhower, en su carta de 20 de mayo de 1960 al Generalísimo Franco, indicó: «Como resultado de una cadena de acontecimientos producidos dentro de la Unión Soviética, y que aún no resultan enteramente claros para mí en este momento, el señor Jruschev debe de haber llegado a la conclusión, antes de su viaje a París, de que cualquier progreso en una reunión en la cumbre sería indeseable o imposible.»

En efecto, antes de abrirse en Moscú el 5 de abril de 1960 las sesiones

⁶⁵ *El señor Kruschev y los demócratas.* «Heraldo de Aragón», Zaragoza, 19 de junio de 1960.

del Soviet Supremo de la U. R. S. S., se reunió la asamblea plenaria del Comité central del Partido comunista, y parece ser que en ella Jrushev tuvo que aguantar un poderoso ataque contra su personal política de «coexistencia pacífica» y una clara amenaza contra su poder para el caso de un vaticinable fracaso en la Conferencia de París. Ciertamente que Jrushev parece que consiguió detener la ofensiva neostaliniana y conservar las riendas, pues como consecuencia de esta reunión del Comité central del Partido sería expulsado del Presidium del Comité central A. Kirichenko, después de haber sido destituido de su cargo de Secretario, y tres días después abandonaría el Mariscal Vorochilov la Presidencia de la U. R. S. S. Pero, ¿a cambio de qué consiguió Jrushev esta victoria? No sería a trueque de adoptar la línea dura de los neostalinistas?

Porque Kirichenko, desde la decisiva fuente de poder que es en la Unión Soviética la Secretaría del Partido, parece que⁶⁵ capitaneaba una clara oposición a la política de Jrushev, en la que se une la vieja guardia, parte del Ejército y una facción joven del Partido, que, contra la línea de la política de «coexistencia pacífica», se basa en el acercamiento a la China de Mao Tse-Tung, como representante de una línea comunista más pura y definida⁶⁶. Y que no fué un incidente personal, lo demuestra el hecho de que, con Kirichenko, serían destituidos otros dos miembros de la Secretaría del Partido, Aristov y Pospelov, miembro titular del Presidium el primero y miembro suplente el segundo. Advirtamos que Aristov sufrió la destalinización en 1953, aunque se le repuso a mediados de 1957, y que Pospelov, antiguo editorialista de *Pravda* y *Bolshevik* y Director del Instituto Marx-Engels-Lenin es hoy el teórico por excelencia del Partido comunista soviético. Además, sería destituido del máximo cargo de miembro titular del Presidium, Nikolai Belyayev, especialista en agricultura y antiguo jefe del Partido en Kazajstán. Y el veterano Vorochilov tendría que ceder el puesto al oscuro Brejnev, incondicional de Jrushev; posteriormente cesaría como Ministro de Hacienda, «por razones de salud», A. G. Zverev, antiguo colaborador de Malenkov y seguidor de Kaganovich, que ha sido sustituido por Garbuzov.

El Jefe del Gobierno soviético hizo así frente a una importante crisis, encargando a F. R. Kozlov de la Secretaría del Partido, nombrando nuevos miembros titulares del Presidium a Kosyguin, Podgorny y Polianski (que eran ya miembros suplentes) y designando Vice-Primeros Ministros a Kosyguin, Ignatov y Novikov. De ellos destaca Frol R. Koslov, antiguo Jefe

⁶⁶ L. M. Ansón: *Op. cit.*, págs. 85 y 94.

del Gobierno de la República federada rusa, miembro titular del Presidium desde 1957 y Primer Vice-Presidente del Consejo de Ministros de la U. R. S. S. desde 1958. Pues bien, Koslov, el nuevo «zarevitch rojo»⁶⁷, en sustitución de Kirichenko—que, sin embargo, apoyara a Jrushev en junio de 1957—, es un antiguo colaborador de Malenkov, en cuyo Gobierno fuera Ministro de Agricultura, y ha estado en contacto con Bulganin y Vorochilov, siquiera después habría de condenar al grupo anti-Partido. Por su parte, Kosyguin es una figura importante entre los técnicos soviéticos, habiendo sido jefe de la industria ligera.

Sin duda, después de estos cambios, Jrushev domina el Presidium del Comité central del Partido comunista de la U. R. S. S., de cuyos actuales catorce miembros⁶⁸, controla a casi todos. Pero todavía hay particularmente dos cuya posición respecto a Jrushev no aparece muy clara: Mikoian y Suslov, aparte la situación especial de Averki Aristov.

Anastasio Mikoian es un oportunista, de larga y antigua historia comunista, siendo miembro del Presidium desde 1935, estando encargado del Ministerio de Comercio, además de ser Primer Vice-Presidente del Consejo de Ministros. Es de observar que en enero de 1955, pocos días antes de la primera caída de Malenkov, Mikoian abandonó el Ministerio de Comercio después de haberlo dirigido casi ininterrumpidamente durante veinticinco años, y tres días después del cese de Malenkov volvió el astuto armenio a figurar en un primer plano en la vida política de la U. R. S. S., conservando siempre la Primera Vice-Presidencia del Consejo de Ministros soviético. En el XX Congreso, no obstante haber apoyado a Stalin contra su antiguo protector Bujarin, organizando los procesos industriales de los años treinta, fué el primero en criticar a Stalin y rehabilitar a sus enemigos. En los últimos tiempos, ha sido el adelantado de Jrushev en la política de «coexistencia pacífica», abriendo la vía comercial, con sus famosos viajes a los Estados Unidos y Escandinavia, Cuba y Méjico. Pero en los últimos meses se han advertido claras ausencias de Mikoian, oficialmente de vacaciones en Crimea, que en Occidente se han interpretado como un intento de despegarse de Jrushev. No olvidemos que, en definitiva, el armenio es un gran oportunista.

⁶⁷ *Ibid.*, pág. 83.

⁶⁸ Actualmente, noviembre de 1960, el Presidium del Comité Central del Partido comunista de la U. R. S. S. parece estar compuesto de los siguientes miembros titulares o efectivos: Jrushev, Mikoian, Kozlov, Suslov, Ignatov, Brejnev, Furtzeva, Aristov, Mujitdinov, Kuusinen, Chvernik, Kosyguin, Podgorny y Polianski.

Mijail A. Suslov había sido nombrado en 1947 jefe del *Agitprop*, tercer Secretario del Partido y miembro del Presidium. Y no obstante su identificación con Stalin habría de continuar en sus puestos. En el XXI Congreso ha exaltado a Jruschev, después de haberle apoyado en la crisis de junio de 1957. Se le considera, no sólo en Occidente, sino también en países neutralistas⁶⁹, como el posible sucesor de Jruschev e incluso se dice que forma parte hoy del triunvirato dirigente soviético: Jruschev-Malinovsky-Suslov⁷⁰. En todo caso, se le tiene por portavoz de los neostalinistas, en cuanto representante de una tendencia más rígida que Jruschev.

En esta situación algo fluida para Jruschev, parece, pues, muy probable que acudiera a la conocida táctica de derribar a sus enemigos pero adoptando sus tendencias. Acudiría así a la cita de París con la retaguardia cubierta, siempre que rompiera con los occidentales. Además, según se dice⁷¹, tal actitud le fué impuesta tras una conferencia de cuatro días de duración que celebraron en Moscú representantes del Partido y del Ejército, muy poco antes de salir para París.

Pues también los Mariscales dejaron oír su voz en estos momentos. Así, el Mariscal Gretchko, en un discurso ante el Soviet Supremo en mayo de 1960 (que había de ser reproducido en *Izvestia* del día 7), después de condenar duramente «las provocaciones de los imperialistas norteamericanos», declaró que el Ejército no olvidaba un solo momento la necesidad de «consolidar todavía y siempre la potencia combativa de la Unión Soviética», y dos días después en un artículo publicado en la *Pravda* insistió en sus manifestaciones. Por su parte, el Mariscal Malinovsky pronunció un discurso el 9 de mayo de 1960, en presencia de Jruschev, pero también de los Mariscales Gretchko, Zajarov, Biriuzov, Budenny, Bagramian, Eremenko, Koniev, Moskalenko, Nedelin, Rokossovsky, Sokolovski y Verchinin, en el

⁶⁹ Según Claudio Laredo («ABC». Madrid, 13-VI-1960. Ed. de la tarde), «en las capitales árabes que siguen más de cerca la evolución rusa, particularmente en El Cairo, gana terreno la impresión de que una especie de triunvirato dicta la política exterior rusa, y de que Jruschev ya no es sino el portavoz de ese directorio. Lo forman con «K», el Mariscal Malinovsky y el teórico del stalinismo Mikhail Suslov en quien muchos observadores árabes ven el sucesor del actual Jefe del Gobierno ruso».

⁷⁰ *El triunvirato ruso*. «ABC». Madrid, 23 de junio de 1960. Ed. de la tarde, página 54.

⁷¹ L. Méndez Domínguez: Crónica en «Heraldo de Aragón». Zaragoza, 20 mayo 1960.

que puso de relieve el «carácter criminal» de las acciones de los imperialistas en vísperas de la Conferencia de alto nivel, «para intimidar al Estado soviético y ejercer una presión sobre él», y subrayó que «en tanto no haya sido concluido un acuerdo sobre el desarme general y total, mantendremos las Fuerzas armadas y perfeccionaremos su armamento».

¿Significa todo ello que, en efecto, los neostalinistas y las Fuerzas armadas han obligado a Jruschev a adoptar la actitud que pronto habría de demostrar terca, dura y hasta groseramente en París, en especial contra el Presidente Eisenhower? Así parece. Aun cuando agudamente se ha dicho que en Occidente sólo hay grados en el desconocimiento de lo que sucede en la Unión Soviética, y en forma alguna se sabe con certeza lo que ocurre en el Kremlin y sus aledaños, con todo se puede desprender de los datos expuestos que en este año de 1960 Jruschev ha atravesado momentos muy difíciles y aún críticos en su lucha por mantenerse como el número uno de la U. R. S. S., que tal vez sólo ha podido superar rompiendo con su política de «coexistencia pacífica» y adoptando frente a Occidente la línea dura preconizada por los neostalinistas y el Ejército, que parecen haber movilizado y ocupado posiciones contrarias al Jefe del Gobierno soviético.

Alguna prueba de esto nos ha sido ofrecida en los dos últimos meses, con varios sucesos militares cuyo significado no está aún claro. Por una parte, el 24 de octubre de 1960 se anunció en Moscú la muerte accidental, tres días antes, del General Pavlovski, y dos días después la del Mariscal M. I. Nedelin, ambos «en el ejercicio de sus funciones». Nedelin era un ferviente partidario de Jruschev, que le había nombrado Jefe de las unidades de cohetes soviéticos con ocasión del vuelo del «U-2», habiendo sido reelegido miembro del Comité central del Partido en el XXI Congreso. Puede ser que tales dos altos jefes militares hayan muerto en la realización de pruebas de nuevos grandes ingenios de cohetería, pero también se ha dicho ⁷², que Nedelin ha podido ser víctima de una lucha por el Poder con el Mariscal Malinovsky, ya que Jruschev trataba de nombrarle su sucesor en el Ministerio de Defensa. Algo de esto puede ser posible, pues, por otra parte, Malinovsky parece haber tomado sus precauciones, relevando del mando del Distrito militar de Moscú al Mariscal Moskalenko (que el 26 de octubre de 1960 fué designado Vice-Ministro de Defensa de la U. R. S. S. y Jefe de las unidades de cohetes), y nombrando para susti-

⁷² *Newsweek*. 7 de noviembre de 1960, pág. 11.

tuirle; el 7 del presente noviembre, al General Krylov. Y así como Moskalenko pasa por ser partidario de Jrushev, desde luego Krylov es incondicional de Malinovsky, ya que estuvo con él en el Extremo Oriente desde 1945 y pasaría a la jefatura del Distrito militar de Leningrado cuando Malinovsky fué nombrado Ministro de Defensa. Añádase también que el viejo Mariscal Timochenko (Comisario del pueblo para la Defensa en 1940) ha cesado en el mando del Distrito militar de Bielorrusia, reemplazado por el Coronel-General Komarov.

Por último, no deja de ser sintomática la noticia publicada el 4 del presente noviembre en el *Abend Presse* de Viena, en la cual, haciéndose eco de una lucha que se dice sostienen por el Poder varios grupos de dirigentes soviéticos, se afirmó que se había producido un golpe de Estado en Moscú, y que se esperaba que Jrushev presentase su dimisión, siendo sustituido por Malenkov. Ciertamente que la noticia fué inmediatamente desmentida y pronto se demostró que no era cierta. Pero anotemos que el Ministro francés de Información ha manifestado que algunos diplomáticos destinados en Moscú tienen la impresión de que ha ocurrido o está ocurriendo algo allí.

En fin, todo parece demostrar que hoy, por muy firme que parezca ser el poder de Jrushev en la U. R. S. S., y aun cuando ningún individuo o facción política o militar resulte capaz de imponérsele en forma decisiva y derribarle, el Jefe del Gobierno soviético está haciendo frente a una grave crisis interna, para lo cual en mayo ha tenido que cambiar la orientación de su política internacional pasándose a la línea neostalinista, al menos mientras no pueda volver a imponer su auténtica línea personal, que, sin duda, es la de la política de «coexistencia pacífica» con Occidente. Y ello con más razones, al advertir que la China comunista, a pesar de someterse formalmente en las conferencias internacionales del comunismo, reiteradamente se ha pronunciado en forma indudable contra esta línea política jrusheviana de la «coexistencia pacífica», enlazando así con los neostalinistas y con las Fuerzas armadas soviéticas.

III

LA ACTITUD DE LA CHINA COMUNISTA

Venimos advirtiendo desde hace un año la enorme importancia que tiene la actitud de la China comunista en el desarrollo de la política de «coexistencia pacífica» propugnada por Jruschev, y no sólo hemos expuesto, en sus grandes líneas, las diferencias doctrinales y prácticas que separan a la Unión Soviética y la China comunista, con oportunidad de ocuparnos de *Los viajes de Jruschev*, singularmente el realizado a Pekín en septiembre-octubre de 1959, sino también subrayado que el Jefe del Gobierno de la U. R. S. S. no había podido obtener el pleno asentimiento de Mao Tse-Tung para su política global de «coexistencia pacífica», llegando a escribir, en abril de 1960, que «hoy la presión china sobre Moscú es tan fuerte, que no sería del todo imposible que la U. R. S. S. tuviera que endurecer destempladamente su actitud frente a los occidentales. Bien entendido que si así fuere—estando convocada para dentro de tres semanas en París la Conferencia de alto nivel entre los «cuatro Grandes»—, ello sería muestra de un forzamiento de mano sufrido por Jruschev a cargo de Mao»⁷³.

Y lo que entonces no era más que una previsión, sin duda hemos de confirmarlo ahora, como con unánime opinión han expresado después del 16 de mayo de 1960 destacados jefes políticos occidentales y comentaristas de las relaciones internacionales. Así, en su reiteradamente citado discurso del 27 de mayo de 1960, el Secretario de Estado norteamericano, Christian Herter, diría que son muchas las indicaciones que hacen pensar en que la política exterior de Jruschev estaba siendo combatida hace tiempo en el interior de Rusia por ciertos elementos de la jerarquía soviética y del Ejército, así como también por la China roja. Y son numerosísimos los comentarios de prensa de muy distintas naciones en los cuales se ha expuesto la tesis de que la actitud de la China comunista fué uno de los elementos más importantes que obligaron a Jruschev a romper con su línea de «coexistencia pacífica»⁷⁴. Destaquemos el editorial de *Le Monde* del 3 de mayo de

⁷³ Luis García Arias: *Los viajes de Jruschev. III. A los países del Sudeste asiático*. «Política Internacional», núm. 48, pág. 14. Madrid, marzo-abril 1960.

⁷⁴ Citemos, entre ellos, el artículo de Sirius en *Le Monde* (19-V-1960), en el cual, por cierto, se dice: «China puesta aparte—y abstracción hecha del gran miedo

1960, en el que se advertía que «mientras en Moscú Jruschev se apresta, la sonrisa en los labios, a tomar el avión para París, en donde dentro de dos semanas se va a entrevistar con los Tres occidentales, de Pekín continúan llegándole advertencias sobre el carácter ilusorio de la distensión... (que) merecen ser subrayadas una vez más en vísperas de la Conferencia de alto nivel». Efectivamente, desde Pekín los comunistas chinos advertían a la U. R. S. S., con ocasión del 90 aniversario de Lenin, que cualquiera que fuese el resultado de la entonces próxima Conferencia de París, los dirigentes chinos estaban decididos a no aceptar ningún *modus vivendi* con los «imperialistas» y más particularmente con los norteamericanos, ni distensión alguna en el plano ideológico⁷⁵.

Y cuando Jruschev hizo abortar la Conferencia de París, en los medios

atómico—, Strauss y el general Franco son, puede ser, los únicos que podrán obtener alguna satisfacción de lo que acaba de suceder en París.» Efectivamente, tal vez sólo en España y Alemania, una vez más, se conocen perfectamente las maniobras y el verdadero alcance del peligro comunista, sin implicaciones «progresistas», que amenazan con entregar Europa atada de pies y manos al comunismo soviético.

De los comentarios de los periódicos británicos: *Guardian* (18-V) y *Times* (23-V), en el que se dice: «no podemos todavía discernir en qué medida las presiones de los chinos son responsables del brusco cambio de actitud de Jruschev. Ciertamente, sus amenazas y sus argumentos han podido añadirse a las de los grupos que, en el interior de Rusia, tratan de impedir una aproximación a los Estados Unidos.» De la prensa norteamericana, mencionemos el *New York Herald Tribune* (19-V), donde se escribe: «Las bufonadas de Jruschev en París, podrían ser las de un hombre que no es dueño de sí mismo, que debe sufrir la presión del soldado de cara severa que le sigue como una sombra desde Moscú, o del militarista todavía más siniestro que sigue desde Pekín sus menores movimientos», reiterando tres días después: «Hace dos años, los chinos impidieron la reunión de los Cuatro Grandes. Es razonable pensar que han podido desempeñar un papel en el fracaso de ésta.» De la prensa alemana, citemos la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (16-V): «Los americanos creen que la actitud que Jruschev ha adoptado contra ellos es debida a sus mariscales, sus aliados chinos y un número de elementos influyentes del Politburó que le presionaron para adoptar una posición dura.» Y, para terminar con la prensa extranjera, indiquemos que *Politika*, de Belgrado (21-V), comentó: «Los dirigentes de la China comunista se felicitan del fracaso de la Conferencia cumbre. Los chinos arrojan aceite sobre el fuego, son hostiles a la coexistencia y a la negociación y preconizan el empleo de la fuerza.»

De la Prensa española, citemos tan sólo las crónicas de J. M. Massip, en «ABC» (18-V), o de Fabio Mínimo en «Heraldo de Aragón» (19-V), aparte los editoriales publicados en «ABC» y recogidos por su autor, Luis María Ansón, en su libro *El Gengis Kan rojo*, citado, págs. 117 y 134.

⁷⁵ *Le Monde*. París, 24-25 abril 1960.

diplomáticos de Pekín se estimó que la posición adoptada por Jruschev era completamente idéntica a la que había sido preconizada desde hacía meses por los responsables chinos en relación al «imperialismo americano», pensándose en estos círculos que los puntos de vista chinos habían sido expuestos al Primer Ministro soviético por el Embajador soviético en Pekín, Chervoneko, cuando éste fué a Moscú para asistir a la reunión del Soviet Supremo⁷⁶. Aunque ciertamente Mao Tse-Tung declaró el mismo 16 de mayo que el pueblo chino aprobaba la reunión de la Conferencia a la cumbre, llegase o no a resultados, subrayó que el incidente del «U-2» demostraba la verdadera naturaleza del imperialismo americano, el cual —añadió—«despertaría a los que describen a Eisenhower como un hombre enamorado de la paz», señalando así directamente a Jruschev⁷⁷. Finalmente, mencionemos que el 20 de mayo de 1960 más de millón y medio de chinos se manifestaron en Pekín para sostener la posición soviética en la Conferencia de alto nivel, y condenar «la provocación y la agresión» norteamericanas contra la Unión Soviética y el campo socialista.

Semanas después, las delegaciones soviética y de cuatro países del Este europeo se retiraron inesperadamente de la Conferencia sobre el desarme en Ginebra, y también la Prensa occidental inculparía a los chinos de haber presionado a la U. R. S. S. para que acabara con esta política⁷⁸.

No hay la menor duda de que la China comunista ha visto con mucha

⁷⁶ *Le Monde*. París, 18 de mayo de 1960.

⁷⁷ Es interesante resaltar que también en la prensa de la U. R. S. S. se aludió a la ingenuidad de Jruschev al creer en Eisenhower, pues en la *Pravda* del 23 de mayo de 1960 se dijo: «Sí, hemos querido creer en Eisenhower, hemos querido creer en él en nombre de la paz sobre la tierra, para evitar que millones de personas perezcan quemadas por el fuego atómico, para que el ser pensante de nuestro planeta viva dichoso. Sí, hemos querido creer, pero, a diferencia de otros ingenuos, no nos hemos extasiado jamás ante las declaraciones nebulosas y dilatorias del Presidente.» ¿Quién, sino Jruschev puede ser alcanzado con esta andanada contra los «ingenuos» de la coexistencia pacífica? Por otra parte, póngase este artículo en relación con otro que había publicado, el día anterior, *Izvestia*, en el que se explica la actitud benévola de Jruschev hacia Eisenhower.

⁷⁸ Así el *New York Herald Tribune* (28-VI) publicó un artículo expresivamente intitulado: «Rusia hace lo que quiere la China comunista», y el mismo día el *New York Times* señaló que podía preguntarse «en qué medida la decisión soviética de retirarse de la Conferencia de los Diez de Ginebra ha sido influida por la China comunista». Y el periódico italiano *Il Momento Sera* (28-VI), aludiendo a este nuevo gesto soviético, se preguntaba: «¿Jruschev ha llegado a ser el juguete de los militaristas de la China y de su país?»

inquietud el deslizamiento de la U. R. S. S. hacia el Occidente a través de una política de «coexistencia pacífica»—que rechaza la guerra armada contra el «imperialismo», que no promueve la revolución comunista en forma violenta, debilitando la lucha de clases, y que atenúa la «liberación nacional» en los países subdesarrollados—, y es seguro que no habrá dejado de influir no sólo directamente con Jruschev, sino también con sus rivales neostalinistas y aún entre los altos jefes de las Fuerzas armadas soviéticas para hacer fracasar la Conferencia de alto nivel, que sólo muy a última hora declaró aprobar Mao Tse-Tung, después de haberse opuesto a su celebración.

Unase esto a las graves diferencias (confirmadas en los últimos meses) que vienen separando a Jruschev de Mao Tse-Tung en la interpretación no sólo de la línea política que debe seguir el mundo comunista con el occidental, sino en puntos importantes de doctrina y, sobre todo, de táctica —aparte la presencia de rivalidades geopolíticas insoslayables entre China y Rusia en torno a sus fronteras comunes y a la expansión china en el Sudeste asiático—, y podrá encontrarse la razón de ser de un muy interesante párrafo que figura en la carta circular dirigida por «La Pasionaria» a los miembros del Partido comunista de España y Portugal, el 20 de agosto de 1960, en el cual el Secretario General del Partido comunista ibérico afirma: «El peligro es de nuestra misma madera, los Camaradas Chinos, que se han organizado en Cuba muy bien; pero no para la conveniencia del Comunismo Mundial, sino para su conveniencia del Comunismo Chino, que está haciendo lo más para ser él.»

Efectivamente, la China de Mao-Tse-Tung está haciendo lo máximo para afirmarse dentro del movimiento comunista mundial. Pero este problema—sin duda uno de los puntos cardinales de la presente política internacional y acaso el más fundamental para la del futuro—bien merece que le dediquemos un amplio estudio aparte, en el que podamos exponer, con algún detalle, el origen de la situación y su desarrollo en estos mismos días, y examinar el carácter y significación de *Las diferencias entre la Unión soviética y la China comunista*.

LUIS GARCIA ARIAS.

Noviembre 1960.